

JOSE PEIRATS

EXAMEN
CRITICO-CONSTRUCTIVO
DEL MOVIMIENTO
LIBERTARIO ESPAÑOL



*EDITORES MEXICANOS UNIDOS
MEXICO 1, D. F.*

JOSE PEIRATS
EXAMEN CRÍTICO – CONSTRUCTIVO
DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL

EDITORES MEXICANOS UNIDOS, S. A.

© 1967 Por Editores Mexicanos Unidos, S. A.

Derechos reservados por el autor.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A modo de introducción

Yo sé el secreto de hacerse grato en la tribuna y en la prensa. El secreto -que no lo es- consiste en hablar más al corazón que a la mente. En hablar al corazón que no siempre merece la buena reputación que tiene. En ir a favor de la corriente. En despacharse con latiguillos, siempre contra el adversario y nunca o poco contra uno mismo. Tanto mejor si asimilables las frases hechas y los discos rayados a las mentes que de ordinario son poco receptivas. En repetir que somos los mejores y en poner en versos heroicos sólo nuestras glorias. En fin, repetir y repetir que estamos en plena forma atlética y mental y que el porvenir nos sonríe beatíficamente.

Conozco este secreto para el éxito del arte tribunicio y literario nuestros y, sin embargo, prefiero los negros crespones al agua de rosas. Que aun estimulando las glándulas biliares de la contrariedad y de la ira, terminan por sembrar la duda positiva. Amansan los pujos de suficiencia y obligan a reflexionar.

Si consiguiese transmitir las inquietudes y los temores que me sacuden no me dolería caer abatido por la crítica o las sanciones canónicas. Vale decir que algunos de mis términos, producto de un celo hacia nuestras cosas, más que de una baja temperatura, podrían parecer detonantes. Sin quitarles el fulminante, no lo son ni la mínima parte comparados con los explosivos que por ahí se usan. No siempre, ni mucho me- nos, en el recato de nuestras intimidaciones. Por todo lo cual pido comprensión y condescendencia de antemano.

La crisis del anarcosindicalismo español va de tronco con la que aflige al movimiento libertario internacional en algunos aspectos. Me interesa más el primero porque caballero andante solo en Europa, casi desde la post guerra número uno, y habiendo él escrito bellas páginas revolucionarias en la historia moderna obrera, quisiera probar que tiene aún reservas para ser el punto de arranque de un renacer libertario universal. También porque es el movimiento que más conozco, no sólo por militar en él desde la mocedad, y haberlo hecho más o menos en todos los planos y con todas las herramientas, sino porque me he quemado los ojos embebiéndome en su riquísima historia. También porque, a mi entender, es la única incógnita valedera, por ser España uno de los pocos países de Occidente donde el telón de acero no se ha levantado todavía, y no ha podido haber oportunidad para probar, como en otras partes, que estamos irremediamente perdidos, y que de gran movimiento de masas hemos pasado a ser un rito más, en el santuario de las sectas.

Voy a tratar de probar que no confío solamente en el azar de los imponderables. Que no aguardo sentado en un sillón de felpa el acaecimiento del milagro. Sino que quiero ayudar al

parto. Forzar y determinar para más tarde encauzar ese renacimiento y su eclosión posible. Desbrozando el camino. Aligerando la nave de obra muerta. Echando por la borda lastres inútiles por muy respetables que hayan sido antaño.

Hacer una recapitulación de todo aquello que, precioso un día, ya no nos sirve. De aquello que, utilizado siempre, no es sino efímero remedio. O aquello que hemos desechado siempre y que fuera aprovechable ahora bajo nuevo planteamiento.

Quisiera, en fin, demostrar que si los trabajadores beben hoy otros vientos, en buena parte somos nosotros los responsables. Por no haber sabido anticiparnos a sus fluctuaciones con soluciones de recambio oportunas y aptas para mentalidades incapaces de abstracción. No importa si ciertos principios no fundamentales resultaran con sus más y sus menos.

Gustaría de una mayor agilidad mental. Y una mejor predisposición para el diálogo fraterno La auscultación de todas las inquietudes que bullen en nuestro movimiento. Sin gatillo fácil para lo que es más ruido que nueces. Un avance leal y generoso hacia el hermano resabiado. Atormentado por una duda legítima o confuso. Que lleva su pequeño mundo dentro y también, su corazoncito. Desarmar las suspicacias gratuitas. O fundadas, pero remediables. Y haría abortar incipientes pleitos de divorcio. Y acabaría con el disparar antes de apuntar. Con la guerra preventiva que lleva siempre a grupas la guerra efectiva. La guerra civil fratricida. La más incivil, si cabe.

Una cosa hace que vacile. La duda si no será superior esta tarea a nuestras fuerzas. Porque la tarea es dura. Supone encararse con hábitos hechos carne. Agravados por reminiscencias muy de tipo ibérico. Y pienso si la revolución milagrera, cuya refutación es mi hobby, no será más hacedera que la que propongo en el plano de la simple conducta militante.

Me animo, empero, al tener consciencia de que sin esta intervención quirúrgica urgente, nuestros días en el terreno de operaciones de España, pueden estar contados. Pues habiendo dejado de ser galgos para convertirnos en podencos, si nos deparase el azar el ver saltar la liebre, poco podríamos hacer para darle alcance.

Las arrugas que surcan nuestros rostros. Los cabellos blancos y los grandes claros producidos en nuestras filas. El vértigo que produce el vacío de una generación perdida. La más joven. Todo esto, no debe clavarnos sin reacción ni debemos sólo simularla con gárgaras de falso optimismo, a veces agresivo. Se trata de hacer un llamamiento a todas nuestras energías disponibles. Que son pocas en esta hora cero. De administrar estas energías sabiamente. Con un criterio económico rígido. y abrir constantemente nuevas perspectivas que desborden los cauces resacos de la rutina. Entender lo contrario y empeñarse en no enmendarla fuera librar el barco a la deriva. Atarnos a la jiba del camello y encomendarnos a sus intentos de bestia.

La huella del siglo optimista

El mundo que antaño nos vio nacer ha ido cambiando lentamente. Una transfiguración se ha ido también produciendo en nosotros mismos. El siglo pasado fue el del optimismo. Optimismo general a vanguardia. En el frente de la investigación y de los inventos. En las teorías y los sistemas científicos. En el plano industrial. En sociología y en la revolución. Abrid cualquier libro de teoría de nuestra añeja literatura y veréis chorreando el optimismo. Ni los cautos y fríos hombres de ciencia se libran del espejismo color de rosa. El auge del transformismo -que es la evolución ascendente del mundo físico y de las especies vivientes- comportaba una fe inquebrantable en el progreso. Así vertical como horizontalmente.

En aquella fiebre de progreso tuvieron arranque las escuelas sociológicas más audaces y la revolución finalista.

¿Cuántos vaivenes ha hecho la ciencia por el camino de Lamarck y Darwin? El transformismo ha rebasado los cien años. Fijistas y transformistas se libraron a un pugilato enconado. La decisión iba de unas manos a otras. El trono de Lamarck se derrumba al terciar en el debate la genética. Caen en barrena las acciones que se apoyaban en la herencia de lo adquirido. Actualmente el transformismo propiamente dicho cede terreno a la mutación, ayer descabellada. ¿Por cuánto tiempo? Reirá quien ría último.

Hay un cierto entronque entre el progresismo y el romanticismo. El siglo pasado fue el siglo romántico. En el movimiento romántico hay un poco de todo: el suicidio de Larra; lluvia de versos en el cementerio; el donjuanismo de Zorrilla; la Corte de Isabel II; Sor Patrocinio y el Padre Claret. Romántica a la violeta fue la Corte de Napoleón III. Romanticismo científico es el sistema cosmogónico de La Place. El origen común de las especies. La magia químico-física. La máquina de vapor de Watt. El fermento político constitucionalista. El movimiento obrero. El duelo en las barricadas.

Con pedantería de bachiller nos creíamos de vuelta de todos los misterios. Seguros de haberle arrancado a la Naturaleza todos los secretos. ¡A pesar de los vuelos espaciales, qué lejos estamos hoy del optimismo pretencioso y arrogante de Buchner ("Fuerza y materia") y Haeckel ("Historia de la creación") dioses de nuestra mocedad! El arranque en flecha de la teoría transformista; la cascada de invenciones; la ciencia aplicada; la domesticación del vapor y de la electricidad hicieron del progreso un principio dogmático. Sin reversión.

El hombre de ciencia creyó haber rasgado el velo de todas las incógnitas. De la misma manera, el revolucionario descubrió la revolución social como contenido y continente. La revolución finalista. La Internacional de los Trabajadores fue su primavera precoz. Una de esas floraciones precipitadas que frustra el cierzo de marzo. La contrarrevolución precursora del fascismo.

Hay una trabazón científico-revolucionaria decimonona. La profecía marxista, el mensaje dialéctico, el materialismo histórico o fatalismo económico la predestinación socialista, no son más que pura traducción libre de aquella trabazón. El anarquismo incipiente comulga con este planteamiento hasta llegar a la piedra del escándalo del Estado.

La bibliografía científico-revolucionaria nos ofrece el libro de Enrique Lleras: "La evolución superorgánica", o sea el transformismo científico aplicado a la sociedad política. Lo editó la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia.

Los revolucionarios de laboratorio creyéndose afianzados en su imperio del conocimiento, creyeron abatidas las murallas de la ignorancia. Por las mismas razones, el sociólogo, el revolucionario el militante obrero, creyéronse en el umbral del único cielo posible: la Tierra libre de explotadores y tiranos. Una fe rediviva, una nueva mística les impulsaba. La fatalidad del progreso científico acarreado en las alforjas la transformación social tan acariciada, como la cigüeña transporta su preciosa carga.

A tal ilusión tal decepción. La decepción fue tan tremenda que todavía no nos hemos recuperado. En lo profundo de nuestra crisis hay un complejo de frustración. No faltan motivos poderosos para esgrimirlos como únicos pretextos de nuestro relajamiento. Las represiones fueron tremendas, llevadas a cabo por los condottieri de la segunda Santa Alianza, desde la "Commune" a nuestros días. Por desgaste moral y físico empezaron las deserciones mejor o peor disimuladas. Una de ellas fue el socialismo político que pronto fue gubernamental. Pero tras ese socialismo aclimatado al Poder irían masas de gentes que no soñaban siquiera en una sinecura. Los que quedábamos con la cruz a cuestas achacábamos esas deserciones masivas a apostasía. ¿No era una conclusión demasiado simplista?

En España, donde la Internacional tuvo un arranque sensacional desde 1869, la misma fue perdiendo terreno desde 1872. Coincidieron el pronunciamiento marxista de Lafargue con la puesta al margen de la ley de la Organización obrera por el gobierno santoaliancista de Sagasta. Después del breve sobresalto de 1873 optó nuevamente por el pasaje subterráneo. Ni la dictadura del general Serrano ni la restauración alfonsina justifican plenamente esta recaída. Téngase en cuenta que los internacionalistas no pusieron toda la carne en el asador cantonalista. Hubo represión, pero no singular y sistemática.

Hubo, pues, un desfallecimiento que no explica del todo ni la represión ni la clandestinidad. Lo prueba que en 1881 Sagasta, liberal turnante, vuelve al poder. La organización obrera puede reaparecer a la luz del día. Hay entonces el penoso forcejeo entre militantes catalanes y andaluces, en pro y en contra respectivamente del legalismo. La nueva organización (la Federación de Trabajadores de la Región Española) fue calificada de "espuma" por el propio Anselmo Lorenzo.

III

El complejo de frustración

El proletariado revolucionario sufrió internacionalmente golpes duros. En Francia la represión de la "Commune" y las "leyes desalmadas". En América las horcas de Chicago. En España los presidios de Ceuta y las deportaciones a las islas Marianas, en Oceanía. Secuelas de la revolución cantonalista, del levantamiento de Jerez y del complot de la "Mano Negra". Los martirios de Montjuich y las leyes de represión del anarquismo.

Pero en la crisis hay también una fatiga. La del caminante que al tramontar un puerto y ver que el camino prosigue a perderse en lontananza siente desmayársele el ánimo. No todas las defecciones huelen a renegado. Hubo retiradas al Monte Aventino que rezumaban amargura por la ingratitud de las masas. Los "guiones" abandonaban la lucha activa para refugiarse en la revista, en el certamen o en el ostracismo puramente. Tales Anselmo Lorenzo y su digno rival García Viñas. El ilegalismo en Andalucía, el dinamitismo en Barcelona, ¿no son en el fondo un complejo de frustración?

La meta, que se había fijado cercana, se alejaba terriblemente. La empresa emancipadora no era tan fácil como se había supuesto. Todo aparecía ahora enormemente complicado. Las ilusiones engañosas, como los espejismos, engendran terribles decepciones.

¿Nos habíamos equivocado? ¿Estaban en lo cierto los que desertaban con más o menos disimulo? No. Habíamos pecado de optimistas. Nos habíamos excedido en creer la sociedad burguesa tambaleante. El capitalismo sin capacidad de reacción. El Estado, víctima resignada. Las leyes naturales subordinadas a los acuerdos de nuestros congresos. La ciencia, uncida al carro de nuestra Organización. Para nosotros la revolución tenía un destino irreversible. La sociedad ideal era un producto de barricada.

Otro error craso fue nuestra propia incapacidad de reacción. Nuestro echarle arrestos a esta alternativa: perseverar tercamente o pasar el Rubicón. Los términos de la alternativa eran excluyentes en absoluto. Cualquier conclusión más matizada despertaba sospechas. Todo inconformista era un tráfuga en potencia si no consumado. No había más opción que volar los puentes o quemar los barcos.

El sindicalismo revolucionario vivió algún tiempo de la renta de su propia novedad. Hasta que el reformismo político las discordias entre militantes, los golpes duros del gobierno y la versatilidad de los simples afiliados dieron con él en la lona.

Se ha reprochado al sindicalismo francés su "neutralidad". Su "antiespecificismo". La escuela argentina se derrumbó ante Uriburo demasiado fácilmente. Ya no sería ni la sombra de si mismo.

Por argentinos y españoles se ha venido explicando, de forma un tanto desenvuelta, la crisis del sindicalismo francés. Contra cuanto se dijera, la declaración de Amiens -carta del sindicalismo francés- (piedra de escándalo para los integristas) es un documento sabio. Pierre

Monatte atribuyó la crisis de aquella CGT a discordias entre los militantes, a los golpes del gobierno y al impacto de la revolución rusa. La CGT tuvo cuñas de la propia madera como, entre otros, Aristides Briand.

Pero decayó aquel sindicalismo por la misma ley que rige todas las decadencias. Las de Grecia y Roma antiguas comprendidas. La de la primera Internacional y la de la Federación Regional Española.

Cuando un Movimiento adquiere su pleno desarrollo, si no alcanza su objetivo consubstancial, no escapa a la ley física de la caída de los cuerpos. A menos que sea suficiente ágil para crearse y crear nuevos estímulos. Los cuerpos lanzados al espacio, al ir perdiendo el impulso no pueden vencer la fuerza de gravedad.

La CGT no pudo llevar a la práctica la huelga general revolucionaria, arma absoluta puesta a punto por Aristides Briand, quien se pasó al enemigo con armas y bagajes. La desaparición del salariado y el patronato estaban encomendados a la huelga general revolucionaria. Briand fue el precursor de esos sabios contemporáneos que se pasan al bloque comunista cargados con los secretos atómicos.

La crisis mundial de 1914-18 pilló a la CGT ya debilitada por las luchas de tendencias que hormigueaban en su seno. Esta crisis aumentaba de punto después de cada porfía frustrada. Frente a la guerra ya no pudo asumir plenamente sus responsabilidades. El maquiavelismo bolchevique fue una plaga internacional que en Francia hizo las primeras cosechas.

En España las novedades llegan siempre tarde. Con mucho retraso. Allí prendió el sindicalismo de nuevo cuño cuando en Francia ya empezaba a ser desahuciado por los médicos. La CNT evitó sin grandes esfuerzos el reformismo político doméstico y la plaga internacional soviética. Fue merced a este vivir extemporáneo nuestro. Y a la mucha brutalidad y ningún recato de nuestro patronaje y poncios. Inclusive salimos no mal librados de la dictadura de los años veinte. Porque ésta había sido más bien una francachela. Fue afortunadamente torpe para enemistarse con todos. Y, no obstante, la dictadura había sido nuestra gran derrota. Además de ofensiva antiparlamentaria y anticonstitucional fue una cruzada contra la agitación sindicalista, (de la CNT). Primo de Rivera se sublevó en el feudo sindicalista de Barcelona. Al salir en tren para Madrid el dictador fue despedido por la plutocracia catalana agrupada en la Federación Patronal. Despedido con vivas y aplausos.

Aquel 13 de septiembre sorprendió a la CNT casi desangrada. Nos habíamos dado a la española. La huelga de "La Canadiense" había sido nuestro Waterloo. Aquella huelga había empezado por ser un dechado de organización y de ejecución. Y hubiese podido ser un triunfo completo de no habérsenos subido los humos a la cabeza. El empeño era demasiado ambicioso para triunfar totalmente. Hicieron cuestión de honor todas las llamadas "fuerzas vivas" y las autoridades, comprendidas las militares. No pudiendo ir a la revolución hubo quizás coyunturas para una negociación decente, que nos permitiera conservar el prestigio y el físico.

En un mitin histórico, Salvador Seguí, hizo lo que pudo (ante los exaltados que querían echar "pa' lante") para reducir el estropicio. Tal vez no fue afortunado al proponer que se volviera al

trabajo para reemprender la huelga caso de que no se soltase a los presos. Este "descanso" enfrió los ánimos o dio pretexto a los que querían desbandarse.

La burguesía catalana y sus encofetados colaboradores oficiales habían sido terriblemente impresionados por el despliegue de la huelga de "La Canadiense". La conclusión fue dar la batalla al cerebro electrónico de aquella imponente manifestación: el "sindicato único". La Federación Patronal se convirtió en "sindicato único" de la burguesía frente a la Organización obrera. Y cuando a las actitudes siguieron los hechos anecdóticos, los plutócratas se hicieron representar en el terreno de honor por los bajos fondos del carlismo y del hampa. El mal llamado "sindicato libre", comando de asalariados del crimen, inició las hostilidades atrincherado en la más completa impunidad. Así se abrieron claros profundos y anchos en nuestras propias filas. Y así llegaríamos al fatídico 13 de septiembre (el golpe de Estado) jadeantes, acorralados, desangrados, incapaces para el esfuerzo sostenido que entonces se necesitaba. ¿Había calculado el enemigo nuestra fácil disposición caballeresca para responder al reto?

IV

Acción determinativa y acción decisiva

En achaques revolucionarios lo peor es quedarse a medio camino. Incitar al toro continuamente y no acertar en darle la estocada certera es caer en el dominio de sus astas. Lo contrario, dosificar nuestras energías, metodizar nuestros movimientos, coordinar y sincronizar, conservar el aplomo y saber llevar la iniciativa, imponer al contrario nuestro juego zafándose de sus maniobras, he aquí una lección nunca aprendida.

Cierto que no se nos puede adjudicar en exclusiva la estrategia pírrica. Republicanos y socialistas se nos ofrecen constelados de errores. Pero tenemos el deber de escoger más pulcramente los ejemplos.

No se puede abusar impunemente de la huelga general, del motín, de la insurrección, a menos de que se sea una fuerza decisiva. Ignoro si existen fuerzas decisivas en lo que estamos tratando. Lo incuestionable es que nosotros no lo fuimos nunca. Hemos sido una gran fuerza determinante pero no decisiva. Y ahí está el detalle. Ser capaces de provocar graves acontecimientos e incapaces para rematar la jugada equivale a trabajar para el diablo. El diablo es la dictadura.

Constantemente se declaran en Francia huelgas de una cierta extensión sin que ocurra nada de particular. ¿Os imagináis en España la paralización de la radio y del tráfico ferroviario? En nuestras décadas 20 y 30 tales contingencias provocaban automáticamente el estado de guerra. Sin embargo, en Francia no ocurre nada de esto. El gobierno francés sabe que detrás de los funcionarios públicos no hay ni la educación, ni la mentalidad, ni el propósito revolucionario. Otro era el caso de Francia en 1905, cuando el ex socialista Briand militarizó a los huelguistas ferroviarios. De Gaulle no se ha atrevido a imitarle. Si se decide algún día no será por miedo a la revolución sino por una cuestión de prestigio autoritario.

Otro ejemplo. Cuando las elecciones inglesas de 1964 los anarquistas de aquel país llevaron a cabo una extensa campaña antielectoral. Era de prever que ésta no conseguiría alterar los resultados. Los anarquistas ingleses no son determinantes ni menos decisivos. Veamos lo ocurrido en España en 1933. La CNT era entonces una fuerza determinante. Lo era a pesar de tres años de guerra con el gobierno republicano-socialista y el desgaste consiguiente. Lo fue cuando la huelga de teléfonos (junio de 1931) a pesar del ministro socialista del Trabajo, secretario de la UGT y beligerante, con su famosa ley del 8 de abril. Lo era a pesar de la represión por los hechos subversivos del Alto Llobregat y la insurrección del 8 de enero de 1933.

Cuando se convocó a elecciones en noviembre de dicho año la CNT tenía muchos agravios que vengar. Ante todo la parcialidad beligerante del ministro de Trabajo, a quien por otra parte no reconocía. La legislación anticonfederal que, aun propicia, tampoco hubiera aceptado. La ley de Defensa de la República, que no la defendía de los ataques de la derecha. Las deportaciones a Villa Cisneros. Las matanzas de la guardia civil. El achicharramiento de Casas Viejas. En fin, los grandes stocks carcelarios a base de gente nuestra.

Parfraseado al pontífice decíamos desde nuestra prensa: "La CNT es indestructible; el que la persigue muere". "Se puede gobernar sin la CNT; no contra la CNT." Y no era fanfarronada.

Sentada a la puerta de su casa veía pasar el cadáver de todos los "poncios" que la persiguieron. En plena campaña electoral la CNT organizó una campaña abstencionista impresionante. La acción anti-electoral de la CNT fue determinante en aquellas elecciones. Las izquierdas fueron derrotadas. Pero esta derrota izquierdista acarrió la victoria de las derechas. Lo que vino después fue el llamado "bienio negro". Tratamos entonces de enderezar la situación mediante un movimiento revolucionario.

Que fracasó. Entre otras cosas porque era un movimiento sin convicción, sin ambiente, prestigio. No podía ser de otro modo. Era el segundo movimiento insurreccional en un mismo año. Sin convicción porque aunque estaba subordinado al resultado de las urnas, a última hora se estuvo a punto de hacer marcha atrás. Pero "el honor revolucionario de Aragón" se impuso. Y hubo que cubrir el expediente.

Fuimos capaces de determinar un hecho de gran trascendencia para la vida política española. La derrota de los hombres públicos que nos habían ofendido. Pero fuimos incapaces para explotar a fondo nuestra acción. En suma: determinábamos pero no decidíamos. Nuestras intenciones no van más lejos de esta demostración.

Por experiencia sabemos que es muy difícil dejar de intervenir en unas elecciones. Tanto por acción como por omisión. En febrero de 1936 volvían a haber en las cárceles 9.000 presos. La mayor parte eran presos de la CNT. Nuestro resquemor debíase ahora a los hombres del "bienio negro". Esto hizo que con táctica diametralmente opuesta reventásemos esta vez a las derechas su candidatura. La CNT fue otra vez determinante pero no decisiva. Esta vez se había limitado a una propaganda abstencionista muy tibia, para cubrir el expediente.

Como en 1931 la CNT no hizo prácticamente propaganda antielectoral. Su actitud contribuyó al rescate de la República. No para su provecho. Tanto la República instaurada como la rescatada trató con ensañamiento a la Organización confederal!

En 1936 la CNT dispuso llevar a cabo una propaganda antielectoral "sin truculencias ni demagogias, de afirmación ideológica". Yo estuve de acuerdo con esta postura. Y, sin embargo, abandoné la redacción de "Solidaridad Obrera" en acto de protesta. Estaba convencido de que aquel cambio de ritmo obedecía al secreto deseo de que las izquierdas ganasen las elecciones. No me faltaban datos y razones. Los políticos llaman a esta disparidad de conducta "política de la anti-política". En efecto, si no se tiene una posición fija, valedera para todo evento, el apoliticismo pierde categoría de principio para quedar en mera táctica oportunista.

En 1933 la CNT había hecho una campaña electoral más. Con promesa al electorado y todo. La CNT había prometido la revolución social si no se votaba. Gran parte del pueblo obedeció. Los trabajadores no votaron a los políticos, que era votar a la CNT. Y quedó a la espera de que ésta hiciera la revolución. En estas condiciones no había revolución posible. Y el lance de honor de los compañeros aragoneses quedó aislado. Sin participación del pueblo la revolución es inconcebible. 'Me consta que algunos cenetistas, al verse solos en la calle, entraban a las casa de los obreros y obligaban a los hombres a echarse a la calle. Sin armas que ofrecerles.

Cuanto más potente es una revolución mayores y más violentas son las reacciones que su acción provoca. Si no se está en condiciones de afrontar las consecuencias de las propias determinaciones no hay más que esta alternativa: moderar los ímpetus, lo cual es una manera de curarse en salud, o desafiar la catástrofe.

Gobiernos malos, menos malos y peores

Nada aconseja levantar la cuarentena a la fauna electorera. El sufragismo político se encuentra más comprometido que nunca. Continúa siendo el mismo mundillo chabacano y soez de siempre. El sistema democrático clásico se halla en franca bancarrota ante las tendencias naturales del Estado y los nuevos poderes que les da la explosión demográfica. Sus vicios de ayer hicieron la cama al fascismo. Sus imprecisos mecanismos son hoy trampolín para el poder personal. Se trata de que es un sistema que ya no responde al ritmo endiablado de la vida moderna. Al no responder, obstruye el paso. Y a falta de una fuerza federalista dinámica nueva, el Estado echa por la calle de en medio. Es la dictadura apoyada en la esterilidad parlamentaria y la falta de continuidad política. Naturalmente, la dictadura es la peor de las soluciones. Es el cirujano de hierro amputando la pata buena y dejando indemne, agravándose, la mala.

Pero mal pese a algunos, no todos los sistemas de gobierno son iguales. Afirmar lo contrario es un culto al latiguillo cómodo. No hay tampoco gobiernos buenos y malos. Hay gobiernos malos y peores. En la época de los gobiernos turnantes los liberales servían la mesa a los conservadores o reaccionarios. Antes de la transferencia de poderes no olvidaban molernos a palos las costillas. Pero en sus inicios se nos permitía un breve plazo reedificador. En 1874 la dictadura del general Serrano puso a la Federación Regional Española al margen de la ley. Serrano copiaba en esto al liberal Práxedes Sagasta, que en 1872, según hemos visto, había sentado el precedente. Pero en 1881 dimitió Cánovas y volvió Sagasta a la poltrona. La Federación Regional pudo volver a la superficie tras siete años de clandestinidad.

Más hacia nuestros días los gobiernos liberales eran los que restauraban las garantías constitucionales que los conservadores habían suprimido. Y uno de aquéllos libró a la CNT de las fieras Anido y Arlegui. Al inicio de un tránsito liberal hacíamos piel nueva que luego nos arrancaban a tiras los conservadores turnantes. Así, pues, lo menos que podemos decir es que hay gobiernos malos y menos malos. Bien que de los malos se pase a los peores y viceversa.

Hoy mismo tenemos a los opositores de Franco marcados con una historia política más o menos negra. Gil Robles y Ridruejo han hecho derramar mucha tinta en nuestros periódicos. Comparemos la dictadura de Primo de Rivera con el fascismo de Franco y veamos la resultante. La dictadura de Primo de Rivera es un purgatorio con respecto a infierno franquista. Durante aquella dictadura se pudieron publicar periódicos y, sobre todo, revistas y libros. Que fueron precioso material educativo para la nueva generación. Mi generación. Entonces se hacía algo más que caer en el absurdo de la religión naturista. En las giras al aire libre se alternaba el rito antialcohólico con la hoja subversiva. El narcisismo nudista con la química de los explosivos. Se hacían pinitos filosóficos en mesas redondas que eran corros de gente de toda edad y sexo en cucullas. Se comentaban artículos de "La Revista Blanca", de

"Generación Consciente" o de "Vértice". Los catecúmenos leíamos folletos que se transportaban por kilos en las mochilas revueltos con naranjas, tomates y algún que otro bistec clandestino. De aquella extraña alquimia, mezcla de culto a la Naturaleza y a la Revolución, a la armonía y al desorden, al amor libre y al odio antiburgués, nació una nueva generación militante.

Habiendo matices entre dictaduras, ¿cómo no haberlos entre gobiernos?

¿Cómo no los habrá entre políticos? Empeñarse tozudamente en lo contrario es pasarse de rosca. El día que nos decidamos a estudiar la influencia de Pi y Margall y de su partido en el pensamiento anarquista español quedaremos asombrados. En Barcelona la Internacional tuvo por cuna un centro político federal del cual era factótum Rafael Farga Pellicer. En Andalucía, polo sur del anarquismo ibérico, otro factótum, Salvochea, empezó su carrera como político federal. La sangre de los federales y los libertarios se confundió algunas veces en los cantones de 1874. O juntos, amarrados a la misma cuerda, iban a la deportación, al Océano Pacífico, a la isla Corregidor.

El principio de que todos los políticos "son iguales" ha hecho reticente a la CNT del exilio en cuanto a soldar contacto con el abanico de la oposición a Franco. La CNT exiliada pudo ser el catalizador de un vasto movimiento antifranquista en vez de empeñarse en ser una CNT rota o un vasto reino de taifas. Si éramos una fuerza determinante aunque no decisiva, ¿por qué no utilizarla inteligentemente? Bien que no se coopere con los elementos políticos en lo que nos separa diametralmente. En lo que nos une circunstancialmente se puede también regatear el detalle. Pero durante décadas hemos ido basando nuestra estrategia en un rígido criterio exclusivo y excluyente. Exclusivo cuando afirmábamos alegremente que en la lucha contra Franco nos bastábamos solos. Excluyente cuando subestimamos la importancia de los demás y la definimos como un impedimento a nuestra propia acción. El frente a oponer a Franco sería un frente corto. Es decir, vulnerable. Es el frente que conviene al franquismo. En él puede concentrar su impresionante arsenal ofensivo sin preocuparle la maniobra de contraataque. No conviene a Franco varios frentes, independientes o con la coordinación indispensable, que le hostilicen de frente, por la retaguardia, por los flancos e incluso subterráneamente. Esta forma de guerrilla organizada, la clásica guerrilla española, es la que más nos conviene.

Pero vivimos preocupados, paralizados por prejuicios muy arraigados. En primer lugar el no conceder ningún valor, ni beligerancia ni virtudes heroicas, al adversario. Pensamos que cualquier concesión de este tamaño haría cundir la confusión, la duda, y el resultado sería la desertión en las propias filas. Esta tesis es cien por cien escolástica. Es un tapadillo a la verdad que supone un principio dogmático. El principio de la verdad convencional o de la mentira necesaria. Como los políticos profesionales, la mayoría de edad del pueblo la remitimos a las calendas griegas.

Tarde o temprano la verdadera verdad se abre paso y lo inevitable tendrá que producirse. Tarde o pronto los niños aprenden que no son el fruto de una col ni los trajo de París una cigüeña. Al fin nos enteramos de que los juguetes nos los compran nuestros padres en el bazar sin que valgan Reyes Magos.

La educación sexual de los hijos es sólo un escollo para los padres o maestros que persisten atrapados al cepo religioso o sus equivalentes. Una propaganda proselitista más sincera, más científica, más objetiva, tal vez fuese menos contagiosa. Pero la calidad compensaría la cantidad. ¿Tendríamos en verdad menos prosélitos? Según como se mire. El prosélito masivo que se acerca porque previamente nos hemos acercado nosotros a él, no es un prosélito. En este caso el prosélito somos nosotros. Él es el que toca. Nosotros los que bailamos. Aunque la ilusión nos haga creer lo contrario.

La CNT y el anarquismo español han estado bailando por décadas al son de la música que tocaban centenares de miles de sus adherentes. Con cuya adhesión imponía sus gustos, sus pasiones, su mística ancestral. Sacudirse el doble yugo de los prohombres endiosados y de los advenedizos ha sido una constante preocupación.

VI

Reformismo y revolución social

Urge reajustar algunos de nuestros aspectos. El anarcosindicalismo moderno se encuentra embarazado por ciertos vicios de origen. Por actitudes desplazadas que tal vez no han respondido nunca a nuestros verdaderos principios. Por enfoques demodados que responden mejor a una época en que cualquier actitud nuestra no podía desviar los acontecimientos de su trayectoria. Estos factores parasitarios, neutralizaban, paralizaban o desviaban la auténtica dinámica revolucionaria y ética de nuestras ideas.

Con este complejo de contradicciones llegamos a una época en que por nuestro influjo popular en los centros de producción y en la vía pública éramos capaces de producir profundas perturbaciones en el área nacional. Entonces, sin comparar la insuficiencia de nuestros medios de combate con la nueva realidad circundante, ni con la nueva realidad que habíamos pasado ser, persistíamos iguales a nosotros mismos, perseverantes, imperturbables.

La propaganda electoral según el humor del momento. El "todos los gobiernos son iguales". El "nosaltres sols". La milagrería revolucionaria. Todo esto era la herencia de un período de nuestro crecimiento. De una época en que toda leña era buena para alimentar el fuego de la propaganda. De una época de nuestro desarrollo en que si nos excedíamos no provocábamos ningún cataclismo. Como no lo han provocado los compañeros ingleses al meter en el mismo saco a conservadores, liberales y laboristas en las elecciones de 1964.

Merece un estudio especial lo que debe nuestro Movimiento al solo tópico antipolítico. España es el país del mundo donde la política y los políticos se han significado por el mayor descrédito. O más exactamente, donde la inmoralidad pública ha sido mejor explotada para la creación de un movimiento popular de justicia social muy ambicioso. Con el principio antipolítico por bandera nuestra Organización se hizo en un 50 por ciento.

Podíamos estar tranquilos, nuestros políticos no se picarían de amor propio y se cambiarían en personas decentes. Salvo muy raras excepciones nuestros políticos apenas cambian. Son un dechado de consecuencia en eso. Como apenas cambia nada en España. Ni nosotros mismos, desgraciadamente. Que hemos ido medrando años y años exclusivamente de la rentita antipolítica. Siendo tan vasto, variado y rico el mundo de nuestras ideas. Los políticos, con sus disparates en cadena, han ido aumentando nuestra renta.

En los países vecinos los políticos no eran mejores. Pero dominaban la técnica de cubrir las apariencias. Y con frecuencia, por cálculo "realista" como se dice ahora, nacían concesiones confortables como el reformismo. Mal que queramos el reformismo enterró al anarcosindicalismo en el continente.

Ayudando nosotros en la misa de réquiem cuando seguíamos oponiendo la revolución social a muy corto plazo. Ese plazo nunca se cumplía. De cada vez los pretextos y las explicaciones eran menos convincentes. Más difíciles de formular.

Entre la promesa revolucionaria dilatoria y el reformismo concreto, aunque tacaño, el proletariado razonaba como un cliente también tacaño. Decíase: "Más vale una toma que dos te daré". Fue inútil replicarle que la emancipación dependía de él mismo. Y señalarle como único camino la barricada. Cuando comprendió que se trataba de jugarse la vida una y otra vez renunció a ser considerado un héroe.

El heroísmo popular innato es otro de los hechizos caído a pedazos. Primero porque no se puede repetir el experimento demasiadas veces seguido de la derrota. El pueblo así llevado y traído terminará por encontrar otros jefes, dirigentes o líderes más rentables en el inmediato. Aunque a fin de cuentas, a la larga, resulten más catastróficos. Y tendremos explicado el fenómeno popular fascista. En segundo lugar tanto repetirnos que el pueblo tiene sangre de héroes, hemos acabado por creer nosotros mismos el infundio. El pueblo tiene sangre de héroes como los gitanos sangre de reyes. En todo caso el problema científico del heroísmo popular no es en las tribunas mitineras ni en la prensa de combate donde hay que plantearlo.

En España, por fortuna o por desgracia, no hemos tenido esos gobiernos capaces de hacer concesiones bien calculadas. Tampoco es generoso por cálculo nuestro patronaje. No le vayáis a éste con que el aumento del salario a los trabajadores eleva el poder adquisitivo de éstos, luego mayor beneficio para el vendedor y el fabricante. Pero el cambio de mentalidad puede darse en España un día. Por presión exterior. Con el retraso que es allí normativo en todo. Estimo que ya se está en esa vía. Cuando desaparezca el corsé ortopédico de la dictadura, nuestra oligarquía tendrá que ponerse a la hora de Europa en muchas cosas.

Y un cambio en la mentalidad de nuestras oligarquías tendrá repercusiones enormes en el comportamiento mental del proletariado español. Todos los síntomas son de que España se está industrializando a ritmo acelerado. Contribuye poderosamente a ello la implantación de capitales y empresas extranjeras. Hay una vocación europeísta impuesta al Estado español por la nueva ola económica y política. Todo ello trae consigo un trastorno de la situación social.

Un cambio de mentalidad se daba perfectamente en la UGT española durante la República. Bien que acompasado a la gestión de sus jefes políticos en el gobierno. Hacia esta Organización obrera iba una afluencia considerable. Pero el Partido Socialista se obcecó en querer destronar a la CNT de otra manera. Y siguiendo la pauta de todos los gobernantes hispanos que en el mundo han sido lo que hizo el Partido Socialista fue robustecer a la CNT. Con disparates políticos. Con porras de goma, con tiros de mauser, etc. Así se daba vuelo a nuestra propaganda antipolítica que era nuestra renta vitalicia. La enfermedad de la represión sentaba a la salud de la CNT a maravilla. A la que no le sentaba el tratamiento era a la República.

En la España de Franco están, parte en boga y parte en el papel, importantes leyes sociales. Los trabajadores -incluidos los héroes de ayer- se están acomodando a maravilla al opio reformista. El día que desaparezca la dictadura (por choque traumático o por desvanecimiento gradual en el tiempo y el espacio) la reacción de los trabajadores no creo que sea para destruir esa legislación, sino para que deje de ser de papel. La presencia del capitalismo extranjero puede que sea un estimulante suplementario. Un capitalismo extranjero incrustado en una estructura política feudal suele producir efectos contradictorios.

En la bastante América que he recorrido pude observar un fenómeno curioso. Sin organizaciones obreras propiamente dichas y sin tradición de lucha sindical, aquellos trabajadores disfrutaban en los medios industriales, de una legislación social avanzadísima. Ejemplo: el mes de vacaciones que se empieza a disfrutar en Francia generalmente era cosa hecha en Panamá en 1943: No todo era liberalidad del inversionista extranjero (la mayoría de las industrias son allí de capital extranjero). La general fobia anticolonialista hacía solidarias en esto a las clases tradicionalmente rivales. El legislador criollo creía que ni le iba ni le venía con darle en el codo al capitalista extranjero. Una legislación avanzada a costas del comerciante o fabricante inglés o norteamericano es una operación de prestigio para el partido gobernante a cotizar en el nuevo periodo electoral.

En España el capitalismo inversionista prefirió siempre hacer objeto de su liberalidad a los gobernantes concesionarios. De ahí las batallas campales de la CNT con las poderosas compañías "La Canadiense" y la Compañía Nacional Telefónica de España. Pero vientos nuevos pueden reordenar los factores y alterar el producto.

¿Cuál sería entonces la posición de la CNT ante una realidad que será la realidad de Europa, que es ya la realidad de América, que es o será la realidad universal, de paso corto y progresivo, y no de planes de subversión para precipitar los acontecimientos?

VII

En pos de una solución de recambio

¿Cuál será la posición de la CNT ante una realidad que, le guste o no, se le meterá por los ojos? Por ejemplo: ante sus bestias negras, la Seguridad Social, el subsidio de paro forzoso, la participación obrera en las utilidades de las empresas, las convenciones colectivas burocratizadas y estatizadas, el arbitraje, el cooperativismo.

Creo que queda evidenciado que ya nada podemos contra esto en bloque, como no sea darles cauces nuevos de acuerdo con nuestras exigencias ideológicas. Y lo prueba nuestro propio ejemplo diario de uncidos a la legislación social. ¿Continuaremos a contrapelo de los acontecimientos? ¿Proclamando que todo reformismo es fumadero de opio? ¿Sin esforzarnos en proponer una solución de recambio capaz de serlo de tejas abajo y no en la estratósfera? ¿Que no sea una bochornosa claudicación ni el estribillo “A las barricadas”?

El marxismo occidental hace tiempo que abandonó su negro pregonar de que la miseria es la condición indispensable para la movilización revolucionaria de las masas. Tengo en cuenta que los neomarxistas se desplomaron por la vertiente opuesta. Pero queda como residuo un progreso substancial en esa rectificación de tiro. El hambre, la miseria y el pauperismo ya no son el vehículo infalible para la emancipación revolucionaria.

Acordémonos de aquella retahíla de salmos del marxismo bíblico: concentración del capital, proceso de proletarización, lumpenproletariat, miseria, más miseria, y Juan Simón enterrando al capitalismo.

En el fondo de la ortodoxia marxista está el mal, que sirve la causa del bien mejor que el bien mismo. Nosotros hemos sido los últimos mohicanos de este principio catastrófico. Pues los propios marxistas de última hornada están recreando a Marx. Cortando, pegando y zurciendo nos están presentando un Marx “put to date”. Lo que verdaderamente hacen es avergonzarse del Marx auténticamente histórico. Aquél queda proscrito de los nuevos planteamientos estratégicos. No diré tácticos. De la pura agitación y propaganda. Los países subdesarrollados son los receptáculos propiciatorios de la clásica demagogia bolchevique. Pero en la URSS y en los países satélites toma pie la tendencia hacia la elevación del nivel de vida popular. Los marxistas socialdemócratas, sin interpretaciones catastróficas de la historia, han contribuido lo suyo en hacer posible el tipo de democracia escandinava templado.

Los anarcosindicalistas españoles nos mantuvimos fieles al principio dialéctico hasta el último momento. Hacíamos objeto especial de nuestra inquina al gobierno liberal o reformista por un

secreto sentimiento de rivalidad. Preferíamos los desfiles de parados al subsidio de paro. Entre el esclavismo patronal y el cooperativismo optábamos por el primero. Y renegábamos del segundo acerbamente.

Insistamos. ¿Qué solución de recambio ofreceremos a los trabajadores españoles cuando les digamos que la legislación social es un lastre que obstaculiza el vuelo raudo hacia la emancipación integral? ¿Insistir en la acción directa? Desde luego. Pero la acción directa sólo expresa una forma de proceder en los conflictos entre los que exigen y los que se hacen el sordo. Sin afectar a la petición misma.

No es ninguna solución importante salir diciendo que hay que afirmar la acción directa. Por acción directa se puede hacer triunfar una petición reformista. El subsidio de paro forzoso para los vagos o el subsidio de vejez para los recién nacidos.

¿Insistiremos en encomendar a nuestros afiliados a la sola revolución social? Sería tanto como no satisfacer su clamor concreto. Lo que se nos va a exigir son soluciones inmediatas, no a largo plazo. Concretas, no nebulosas. O demasiado problemáticas, o sea aleatorias.

En 1964 se cumplió el primer centenario de la Primera Internacional. Así, pues, la revolución social como meta del proletariado organizado cuenta más de un siglo. No confundamos la revolución social con la revolución política. Ni con los motines más o menos episódicos. La revolución de la AIT era la del sector social. La divisa internacionalista fue "la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos".

Hoy la revolución social ha quedado confinada a posiciones más modestas pero permanentes. Sirve para situaciones desesperadas. En las que el pueblo o sus minorías sienten necesidad de afirmar su capacidad viril. O para cuando hay que dejar sentado un principio de dignidad humana. Contra viento y marea. A vida o muerte. El resultado de esta reacción viril, el éxito o el fracaso, no cuenta. Se trata de un acto de afirmación indiferente a las consecuencias inmediatas. Si se prefiere, de un desahogo, de una satisfacción colectiva o más o menos.

Con frecuencia la historia queda aprisionada en callejones sin salida. O se pierde en meandros laberínticos. A aquella se le llama dictadura. A esto, decadencia. En uno u otro caso la sacudida revolucionaria puede restablecer el curso normal de los acontecimientos. Una explosión volando en fragmentos un dique de contención. La operación puede a veces restablecer los circuitos de la vida social. En casos desesperados la inyección revolucionaria puede ser un estimulante necesario. La lotería del "caos creador".

Una situación revolucionaria es como un campo roturado apto para la siembra de futuras cosechas. La revolución política de 1868 (la del general Prim) la aprovechó Bakunín para sembrar en España la que fue después óptima cosecha internacionalista.

Las revoluciones permiten sembrar ideas a voleo. Pero a condición de que sea pronto. Pues pronto es el invierno a venírseles encima. El invierno es la contrarrevolución. Que es a la revolución lo que la sombra al cuerpo. La obscuridad a la luz. La subida a la bajada. El invierno, con sus nieves, puede ayudar a que germine la simiente. Y, entonces, como bien dice el refrán,

"año de nieves, año de bienes". Pero, cuidado, lo más frecuente es que el invierno contrarrevolucionario pudra la simiente.

La revolución española de 1936, tan fecunda en hechos desagradables, sembró entre otras cosas bienhechoras, la semilla de las Colectividades. Después fue el gran invierno del franquismo. La semilla continúa enterrada debajo la nieve. Y es todavía una promesa para el mañana. Bajo dos condiciones. Que el invierno no se eternice y la pudra. Y que al llegar la anhelada primavera seamos capaces de cultivar la planta.

La contrarrevolución es a la revolución lo que la sombra al cuerpo. Después de la experiencia rusa, la española, la cubana y la china, no debiera haber lugar a dudas. Quien no se consuela es porque no quiere. Así hay quien exclama: "¡Ah, si en Rusia no hubiese intervenido el partido bolchevique!", "¡Ah, si en España hubiésemos ido a por todo el 19 de julio!", "¡Ah, si no fuese por aquel "alto al fuego" de mayo de 1937!"

Estas plañideras pueden hacerse extensivas a todas las revoluciones malogradas. Que lo fueron todas. Desde la rebelión de Espartaco a la revolución francesa, pasando por la "Commune", la rusa y la nuestra. Cuando un fenómeno se generaliza tanto hay una razón de peso para creer que no se trata de un accidente sino de una ley natural. La revolución de hoy, contrarrevolución de mañana, se ha venido repitiendo demasiadas veces.

VIII

Atisbos revisionistas en el anarquismo internacional

Hay dos tipos de revoluciones: la que quiere realizar la transformación social de hoy a mañana y de abajo arriba mediante un acto episódico, y la que sin renunciar a la insurrección como medida de emergencia prosigue objetivos limitados, constructivos e inmediatos. La primera puede escapárseles de las manos fácilmente, o fatalmente, para cambiar de rumbo. Y tendríamos aquello de que las revoluciones, como Saturno, devoran a sus propios hijos. (La revolución francesa con su convención y su guillotina. La rusa con su cheka. La española con su SIM). La segunda puede abocar en la molicie y la "castración colectiva.

Aquella ha venido siendo la revolución anarquista por antonomasia, heredada del siglo optimista. Esta revolución ya no sólo milagrosa, siempre esperada y no menos evasiva, no puede ser la revolución de recambio. No puede ser solución aquello cuyo cambio se impone.

No faltan militantes de buena fe que crean que hemos sido abandonados por las masas. Las masas conceden un crédito a plazo más o menos limitado. Pasado el cual, si lo prometido

continúa siendo deuda, se dan media vuelta en busca de mejor postor. El reformismo, por sus promesas a corto plazo, no importa si fraudulentas o insuficientes, ha sido un concurrente ventajoso cuando la presión moral está bajo cero. Porque no exigía apenas sacrificios ni tributos de sangre. Más bien es una invitación a la inercia, al menor esfuerzo, a la pereza mental.

No busquemos otra causa exterior a nuestra crisis que los amores revolucionarios defraudados y el reformismo social. Ante el mayor nivel de vida, ante una mayor fluidez clasista, ante la seguridad social, el seguro contra paro, las vacaciones pagadas; tal vez el apartamento confortable, la lavadora automática y la calefacción; la entrada del televisor y el coche en el dominio corriente. Ante todo esto, la sola receta revolucionaria frontal queda deslucida. El capitalismo sobrevive a los fáciles vaticinios de bancarrota como se rió del certificado de defunción que le extendió el marxismo.

La falla está aquí. En nuestra incapacidad por afrontar estas realidades inmediatas. En no hacer por superarlas mediante soluciones de recambio propias y convincentes. En repetir como un rezo fórmulas antañonas, muchas veces de labios afuera. Porque de labios adentro estamos muy lejos de hacerle ascos al apartamento confortable (con ayuda del subsidio de natalidad). Al televisor y al coche. Este indispensable ahora con vistas a las próximas vacaciones en Italia, en Yugoslavia, en Grecia... y ¿por qué no en la misma España?

Según una cita de Víctor García, en 1875 Bakunín contestaba a una carta de Elíseo Reclus en estos términos amargos: "Tienes razón. La revolución se fue a dormir. Estamos regresando al período de las evoluciones, es decir, de las revoluciones subterráneas, invisibles y, a menudo, imperceptibles... Estoy de acuerdo contigo al decir que la hora de las revoluciones ha pasado (...) porque el pensamiento revolucionario, la esperanza, la pasión están claramente ausentes de las masas"... ("Tierra y Libertad" de México, abril 1964.)

El compañero Fontaura puso en labios de un anarquista y profesor francés que acababa de visitar las instalaciones Ford en los EE. UU. de América estas palabras: "¿Cómo se les va a decir a estos trabajadores que la explotación capitalista lleva a la miseria?". El mismo Fontaura comentaba en aquella misma ocasión que la literatura de la miseria proletaria "ya no corresponde a la realidad actual, particularmente de los trabajadores de Norteamérica, Holanda, Suiza, Suecia..." Podríamos agregar Francia a la lista y extender la prosperidad a los medios exilados españoles. En suma, Fontaura cree que en algunas zonas de tipo obrero no se puede llevar por delante una propaganda que ya no corresponde al estado sociológico de hace medio siglo. (Suplemento de "Tierra y Libertad" de México, noviembre-diciembre de 1963.)

Gastón Leval cree normal en el hombre medio su opción por los métodos reformistas en detrimento de los métodos que requieren sacrificios y riesgos. También señala que en los países de menos tradición revolucionaria y acción directa es precisamente donde se han obtenido mayor cantidad de mejoras.

En Inglaterra, ocho familias sobre diez tienen televisor. "Mi conclusión -dice- es que, en lugar de lamentarnos sobre este punto, debemos de revisar mucho de nuestras teorías tácticas y de su aplicación. Que no se puede, ante la modificación repetida de las condiciones de existencia

de los asalariados, ante la aparición del elemento "seguridad", que el Estado va desarrollando ante las naciones económicamente desarrolladas y en vías de desarrollo continuo, preconizar con éxito el cambio violento de la sociedad. Ayer, cuando tal programa podía corresponder a la realidad, el anarquismo -menos en España- no supo hacer lo que correspondía. La lucha de clases, la oposición que creíamos fatal, hasta la lucha a muerte entre el proletariado y el capitalismo se ha atenuado; y seguirá atenuándose. Y el griterío de los proletaristas rabiosos nada cambiará a una realidad ante la cual me niego a cerrar los ojos sin un análisis riguroso de estas realidades, corremos mucho el peligro de repetir estérilmente la literatura tradicional y de no comprender por qué, internacionalmente considerado, el anarquismo ha perdido tanta influencia en el movimiento obrero". ("Tierra y Libertad de Mexico, noviembre-diciembre 1963.)

El malogrado Ugo Fedeli poco antes de morir, escribía en uno de sus últimos trabajos: "Con esta lucha, las condiciones ambientales, de trabajo, de producción. Y en general las condiciones sociales, fueron modificadas de tal manera que hasta el mismo movimiento sindical debió modificarse. A condiciones diferentes, a mentalidad patronal cambiada, otra hubo de ser también la acción obrera, al menos en la gran mayoría de países, no todavía, tal vez, en los subdesarrollados, donde los métodos y la mentalidad patronales han permanecido aferrados a las viejas posiciones.

Muchas de las mismas palabras usadas continuamente en modo demagógico han perdido su sentido primero y nueva es también la actitud de los representantes sindicales ante los problemas laborales y de los trabajadores, también de parte de algunos capitalistas, de los representantes del joven capitalismo. Estos han comprendido que su fuerza y su progreso están estrechamente ligados a las posibilidades y capacidad de producción de los trabajadores; por esto se han preocupado de atenuar los contrastes sociales, de apaciguar las revueltas políticas; es más, han tratado también de extender la posibilidad de participación en los superbeneficios por los trabajadores, sin por ello perjudicar los óptimos dividendos, crecidos con el aumento de la producción". ("Volontá" de Génova, diciembre 1963.)

Lorenzo de Vedia escribe en un interesante artículo: "Es indiscutible el derecho a la insurrección armada que tuvieron los pueblos que lucharon en esas revoluciones sociales. Desde la lucha prerrevolucionaria hasta el derrocamiento del poder instituido, el proceso fue en esos casos inobjetable. Pero a partir del primer momento postrevolucionario el centro insurreccional tendió al establecimiento del autoritarismo sistemático bajo el pretexto del mal necesario. La diferencia de épocas en que ocurrieron estos hechos y lo variado de las formas autoritarias que de ellos han surgido, permiten asegurar que cualquier revolución política de grandes masas cae inevitablemente en el autoritarismo. La revolución impuesta por la violencia queda entonces descartada. El camino auténticamente revolucionario y socialista debe buscarse, pues, en otras soluciones, y quienes lo comprenden ya han iniciado en ellas la nueva lucha".

("La Protesta", Buenos Aires, diciembre 1963.)

IX

Tres aspectos subversivos de la problemática anarquista

Hay tres aspectos que han subvertido profundamente los términos en que el anarquista clásico situaba el problema de la revolución: 1º La perspectiva revolucionaria de tiempo. 2º El comportamiento del fenómeno revolucionario. 3º La capacidad de evolución del capitalismo.

La revolución se consideraba anteriormente como un "advenimiento" universal más bien a corto plazo. El plazo ha ido dilatando su cita en contra de los vaticinios de los augures o profetas. De la gran revolución francesa a la rusa de igual envergadura van 128 años de distancia. Ninguna otra ha tenido la misma repercusión universal. La revolución francesa de fines del siglo XVIII fue la más universal de todas. Tal vez por su singularidad en el tiempo. Propiamente hablando no fue producto de una doctrina revolucionaria sino en gran parte del pensamiento liberal del siglo XVIII que en Francia corresponde a los enciclopedistas. Pero el dogma revolucionario parte de aquélla, del clima de la Convención, de la dictadura de Robespierre, del jacobinismo, de la conspiración de los Iguales. El socialismo, el marxismo, el comunismo dictatorial, son productos más o menos remotos de aquel crisol.

Ninguna otra revolución consiguió tanto transformar las condiciones políticas y económicas. Pero las revoluciones no se dan a la vuelta de la esquina. Además encuentran una fuerte resistencia que hace desviar el curso pretrazado por sus epígonos.

Aunque en el catálogo tradicional no figure de tal manera hay otra gran revolución, indiscutiblemente la más trascendental de todos los siglos. Se trata de la revolución científico-industrial. Ha sido la más universal e irresistible de todas. Se trata de la más constante, en marcha ininterrumpida. Para algunos lleva como pecado original el sello del capitalismo. La clase dominante de la revolución francesa, la burguesía, se apoderó de ella. Eso es todo. Pero la gran revolución industrial pertenece a la ciencia, a la cultura universal.

La revolución industrial debutó desastrosamente. Fábricas y talleres sin aire respirable y apenas luz. Jornadas interminables de trabajo penoso y salario miserable. Una clase patronal sin entrañas rodeada o asistida de soplones y rastreros. Pésimas condiciones de higiene. Los primeros pasos de la revolución industrial son de absoluto usufructo de la clase económica dominante. El resultado fue una clase antagónica: el proletariado, que se mueve, entre dos rebeliones duramente reprimidas por la policía o el ejército, en la miseria y la degradación.

Las tesis revolucionarias modernas fermentan en esta atmósfera de injusticia y hostilidad de clase. La esclavitud y la servidumbre arcaicas tienen apenas que envidiar esta desgraciada situación de la fábrica que engulle mujeres y niños. En aquel infierno tuvo que incubarse el culto a la emancipación integral mediante la lucha de clases. Una lucha sin cuartel cuyos

bandos eran el proletariado organizado como clase y la burguesía capitalista. En la mentalidad de la época estas dos clases implicaban el concepto clásico del bien y del mal sin matizaciones. La coexistencia y el entendimiento era imposible. Uno de los empeñados en combate singular iba a morir para que viviera el otro. No había dudas sobre el resultado de "la batalla final". El proletariado, suma de todas las virtudes y méritos, revolucionario nato, estaba predestinado para supremo vencedor.

El proletariado, por definición, era una clase homogénea. Revolucionaria por esencia y evolucionado en potencia. La potencial evolución del proletariado quedaría librada tras el hecho episódico. Destruída la sociedad capitalista en la persona de la clase económica dominante (poseedora del dinero, las máquinas, el suelo y subsuelo), el triunfo del proletariado significaba el reino absoluto del bienestar y la justicia en la libertad. No menos infaliblemente el triunfo de la revolución llevaba consigo la supresión del privilegio de clase.

El proceso revolucionario era irreversible. El propio comportamiento capitalista servía los fines de su destrucción. El sistema capitalista estaba plagado de contradicciones internas. De ahí un paréntesis siempre abierto de crisis, cada vez más amplias y peligrosas para la existencia misma del sistema. Estas crisis, escalonadas y acumulativas, llevarían a la bancarrota total.

Se daba por descontado que el gobierno -Y por extensión el Estado- era la expresión de la clase económica dominante. El pensamiento anarquista hizo aquí una importante aportación. El Estado era el origen y no la consecuencia de las estructuras políticas, sociales y económicas. El poder político era el principio supremo de la segregación de clases. En nuestros días se admite este principio por sociólogos de la importancia de Louis Mumford. El poder, personificado en el caudillo, nació en el fondo de la aldea neolítica. El caudillo empezó siendo un hábil cazador. Después un protector de la aldea contra las incursiones de animales dañinos y fieras. El protector se hizo pagar por la protección. El primer núcleo de la ciudad fue la ciudadela, que se encuentra en todas las ruinas de las poblaciones históricas. La ciudadela, es decir, el palacio, encontró un indispensable colaborador en el santuario, es decir en el templo. Desapareció la comunidad neolítica regida por el consejo de ancianos y apareció la realeza y su secuela la propiedad privada. La propiedad engendró el privilegio de clase. ("La ciudad en la historia").

El anarquismo dio capital importancia al papel nocivo del Estado. El cual se guarda de confundir con la administración, la organización y el orden. El Estado no tiene que ver con eso. Especula con ello para hacerse perdonar la vida. El Estado, padre de la casta privilegiada es también su más celoso defensor y representante. El Estado no toma la forma del vaso que lo contiene. Es la misma forma. No es tampoco una abstracción como sostenían quienes dicen: "Todos y cada uno formamos el Estado como todos y cada uno formamos una nación". El Estado es un ser autónomo y viviente. Continúa siendo el cazador o protector neolítico amenazando con sus armas a los que tuvieron la debilidad de aceptarlo como protector. Continúa ocupando la ciudadela, asistido por los especuladores de la superstición.

En el aspecto revolucionario el punto de vista anarquista tuvo su plena confirmación en la revolución rusa. Este acontecimiento divide en dos partes toda la historia revolucionaria. El asalto del poder por los bolcheviques, en abierta contradicción con algunas de sus tradiciones

doctrinarias, significa la toma de posesión del Estado para mejor impulsar la transformación socialista. Lenin y los suyos parten del principio de que el Estado es un organismo viviente. En cierto aspecto es una concesión a los anarquistas. Por eso quieren utilizarlo para desarmar a la contrarrevolución. Ellos no creen en el mito de que la revolución se basta a sí misma para defenderse y que la realización societaria ideal se realizará tras ella idílicamente, sin contratiempos de gravedad. En este punto los bolcheviques son tan cínicos como realistas. La realidad les dará la razón. Con el último hecho anecdótico de la revolución el ciclo no se cierra como en las novelas rosa, sino que se abre inmensamente. El primer gran problema de la revolución es su defensa del enemigo interior que no se da por vencido ni aún vencido. Y del enemigo exterior que teme el contagio del germen revolucionario a gran distancia. La revolución no hace el milagro de desarmar automáticamente a la oposición. Ni convierte a todo el mundo a la nueva creencia. Otro tanto contra la tesis anarquista: el pueblo armado, espontáneamente bien inspirado, no es suficiente para conjurar el peligro contrarrevolucionario. Se necesita de una dirección con un poder centralizado de represión que obedezca y actúe ciegamente. Sin lo cual la revolución sucumbiría atacada de dentro y de fuera. Otro tanto para los bolcheviques.

Pero el anarquismo ha marcado un tanto mucho más decisivo. La defensa de la revolución, el poder revolucionario absolutista, con todos los medios de represión en sus manos, constituye una tentación demasiado grande para que el poder no sienta la nostalgia de sus fuentes de procedencia. Lenin es el nuevo cuerpo en que habrá de encarnarse el cazador neolítico. El Kremlin, como antes el Palacio de Invierno, será la nueva ciudadela. El poder se concentrará cada vez más en sí mismo. Eliminada la contrarrevolución el Poder se dedicará a conservarse a sí mismo. De medio, el Poder se habrá convertido en finalidad. No puede mentir su naturaleza de poder viviente, determinante, insubordinado. El resultado no podrá ser nunca el comunismo, la sociedad sin clases sino la creación de una nueva clase. (En la Yugoslavia comunista "La nueva clase" es el título de un libro del herético Djilas.)

¿Valía la pena destruir el despotismo zarista a cambio del despotismo stalinista? La revolución soviética ha asestado un rudo golpe a la tesis revolucionaria clásica. El despotismo revolucionario es mucho más inhumano porque tiene tras de sí un fanatismo mesiánico. Los déspotas del antiguo régimen tenían una vaga conciencia de la ilegitimidad de su poder. Luis XIV de Francia consultó a sus consejeros sobre si era justo aumentar el impuesto a los contribuyentes. "Toda Francia, señor, es vuestra. Por lo tanto el impuesto recae sobre vos mismo". Sólo así halló el Rey Sol consuelo a sus remordimientos de conciencia. El poder revolucionario no conoce esta clase de debilidades. No teme tampoco a la crítica ni a la mordacidad de la sátira. La libertad de los literatos y los filósofos son lujos que el poder revolucionario no se paga. En la actual etapa de deshielo ruso todavía se envían escritores audaces para trabajos forzados a Siberia (1967). La vasta empresa de intoxicación del pensamiento socialista internacional llevada a cabo por el despotismo comunista en nombre de la revolución y el proletariado no tienen parangón en la historia de todos los tiempos. Ni como empresa ni como resultado.

A pesar de todo, la revolución soviética no consiguió universalizarse. Lo único conseguido fue espolear, sobresaltar y encrespar una nueva reacción en el mundo que tomó prestados al bolchevismo los tópicos populacheros demagógicos y patibularios. Nos referimos al fascismo

de Hitler, Mussolini y Franco que amenazó con hundir al mundo en las más espesas tinieblas. El fascismo fue vencido en el campo de batalla por la coalición comunista-capitalista. Stalin aprovechó la coyuntura para ampliar un poco más, a punta de bayoneta, el radio de su "comunismo".

Mas el capitalismo no sólo no ha desaparecido de la faz de la tierra, como habían pronosticado los avatares revolucionarios, sino que probó ser la más capaz de evolución de las instituciones de postguerra.

Desde hacía décadas, pasada la funesta fase del maquinismo bárbaro, las condiciones de trabajo en los centros industriales se fueron humanizando. Y a despecho del tira y afloja de las relaciones laborales hubo un saldo positivo ascendente. La extensión del poder adquisitivo y la elevación del nivel de vida. La capacidad de adaptación del capitalismo ha hecho envejecer precozmente los textos revolucionarios consagrados.

Esta evolución fue flanqueada por la legislación en materia de seguridad social y previsión. Todo ello entra rápidamente -en los países económicamente desarrollados- en las costumbres. La baja presión revolucionaria obedece principalmente a este ritmo de la reforma social tomándole la delantera al gesto justo desesperado o a la demagogia. Los agitadores profesionales de la Unión Soviética no han podido exportar su revolución a Occidente. No porque se carezca aquí de "conciencia de clase", sino porque no tienen aquí mercado su bajo nivel de vida y su escasez de bienes de consumo. Menos aún su zarismo recauchutado.

Sería prolijo detallar aquí lo mucho que debe el nivel de vida occidental al progreso técnico-científico y a un clima de juego democrático. No al obsequio gracioso de la casta capitalista sobreviviente. Pero si es de rigor regatearle a la burguesía capitalista este mérito, no hemos de otorgárselo a la presión de los sindicatos ni a la amenaza de las barricadas. Con el mismo rigor podríamos disputarles a los partidos políticos reformistas el milagro. Éste se debe más bien a oscuros investigadores científicos y al interés general creciente en que la explotación inhumana y la miseria, la insalubridad y el pauperismo ya no benefician a nadie. Es signo de los nuevos tiempos que los sórdidos esquemas antiguos vayan siendo desplazados de la mentalidad actual. Tal vez sin reversión de no intervenir un nuevo colapso moral semejante al de los años 30.

Ante estas realidades de ahora el anarquismo debe hacer prueba de imaginación. Apresurarse a llevar a término una minuciosa autorrevisión ascendente. Si no quiere quedar rezagado, arrumbado y sin influencia, en el acontecer que en España y en el mundo se aproxima.

La tímida evolución del pensamiento anarquista

La falla está ahí. En nuestra incapacidad por afrontar la incontenible influencia del reformismo con soluciones de recambio propias. En vez de repetir la misma jugada en el cálculo de probabilidades. Un sistema social hecho callo en la historia no puede cambiarse de golpe por obra de magia revolucionaria. Es expresión de la mentalidad del contexto humano.

Los más jóvenes teóricos del anarquismo así lo han reconocido. Cualesquiera que fueren sus altibajos, sus matices y hasta sus contradicciones. Acordes con la época en que escribieron. En el campo de las posibilidades hay dos procesos paralelos. La atracción irresistible que ejerce el objeto de nuestro ideal. Y la tentación por poseerlo llegando a él por el camino más corto. En suma: de un lado la sociedad de nuestros sueños y de nuestras divinas impaciencias. Del otro, la sociedad hecha realidad. La que vivimos en cada momento. Bien mirado son dos procesos dependientes. Complementarios. Nuestras quimeras y sacrificios de ayer han acuñado el presente estilo de vida. Nuestra insatisfacción crónica ha tenido siempre tensa la cuerda de su arco, disparando flechas. A veces, hacia el azul.

Fuera aberración dejar reducido el objetivo a la sola y simple aspiración. Se aspira siempre a algo. Luego el objeto de la aspiración es tan digno de vivirse como la aspiración misma. Sin aquél ésta carece de sentido. Pero la posesión no vale siempre el deseo. Tendremos, por tanto, que a los grandes deseos corresponden casi siempre pequeñas posesiones. Las decepciones están en relación inversa de las ilusiones. Si grandes y desmesuradas éstas, mediocres aquéllas. El amor caído del trono de nuestro corazón es acaso la víctima de nuestro exceso de lirismo.

Alternar estos dos procesos, lo heroico con lo vulgar, pondrían la balanza en el fiel. El disparar constantemente al azul; perder el contacto con el suelo para hundir la cabeza en las nubes; sustraernos a la fuerza de gravedad de la tierra, es una aventura aberrante que no se puede acometer responsablemente cuando se sirven o administran intereses de la colectividad.

Las ventajas que nos brinda la sociedad contemporánea no son malditas. Como no son sacrílegos el amor carnal y la maternidad que se mofan de las prescripciones del santuario y la ciudadela. Cuanto de digno y útil nos brinda la coexistencia social es legado de las generaciones de luchadores que nos precedieron. Es su utopía. Son sus flechazos al azul. Su goce nos es permitido a los que continuamos la tradición de lucha por un mundo mejor.

No puede haber cortocircuito entre la sociedad ideal y la material. Hay entrambas un complejo de matices. Lo disparatado es creer que la sociedad comunista libertaria surgirá como un ave fénix de las ruinas de la sociedad capitalista-estatal. No, no habrá ruptura brusca, ni salto de gigante, ni "sésamo ábrete", entre una sociedad y la otra. Este infundio poemático es una

página más de "las mil y una noches". Una sociedad no será tragada por la tierra para que se levante la otra, rutilante, de la base a la cumbre. Esta concepción es contraria a la ley de continuidad de las cosas. La historia, con todo y sus contradicciones aparentes, es más lógica de lo que parece. Permite explicar, Y explica, los efectos por las causas y viceversa con un rigor casi científico.

La creencia en la transformación social radical, por impulso de minarlas audaces fue la tónica mental de los conspiradores del siglo pasado. Que fue el siglo de las conspiraciones y los conspiradores. Nacionalistas, constitucionalistas y sociales. El anarquismo es tal vez el único vestigio, el digno representante de aquel esquema mental, por méritos propios o porque se quedó sólo en la empresa.

El socialismo reformista se propuso cambiar el mundo mediante la legislación social. Los bolcheviques no esperaron a que se cumplieran los augurios de la dialéctica marxista. A su manera unos y otros dejaron de ser providencialistas. Todo y reclamándose del profeta a cual más. El profeta mismo fue un mal discípulo de Hegel. ¿Qué marxista defiende hoy sinceramente la lucha de clases y la concentración del capital según la biblia de Marx? De "El Capital" no queda más que la pena capital que se aplica en Rusia a quienes osan sostener la lucha de clases contra la nueva clase dominante.

Esta fidelidad de muchos compañeros anarquistas al pasado -que en dosis inteligente es galardón- deja de ser virtud cuando paga tributo a la ley de la inercia. Sobre todo si el fijismo lo es por potencia y no por impotencia. Esta es la triste realidad que nos aflige. Se dogmatiza por exceso de celo, por incapacidad de reacción o por ambas cosas a la vez. Cuando se afirma olímpicamente que nuestras posiciones son tan inmovibles hoy como hace un siglo se disputa a Pío Nono el dogma de la infalibilidad. De ajustarse a los hechos tal pretensión aun así habría que desecharla por invitativa al relajamiento. Por contraria a la voluntad creadora. Fuera de la duda y la autocrítica espontánea no hay más que formulismo. Decadencia y regresión.

A quienes ofician de fieles guardianes de la tradición habría que preguntar ¿De qué tradición? ¿De la de Bakunin? ¿De la de Kropotkin? ¿De la de Malatesta? ¿De la de Nettlau? ¿De la de Stirner? Porque cada uno de éstos representa una tradición diferente. En buena hora. Pues hay que insistir en que tuvimos buenos maestros y fuimos malos discípulos.

El anarquismo de nuestros maestros ha evolucionado constantemente. Los movimientos anarquistas fueron los que quedaron atascados. Así como sus organizaciones más o menos paralelas. Aquí se revisó constantemente. Estos, salvo casos raros, no supieron reverdecer sus laureles.

Hay matizaciones ascendentes en el pensamiento de Bakunin y Malatesta por ser el suyo un anarquismo dinámico, es decir que hay una evolución en el pensamiento del propio individuo.

Y hay evolución de unos a otros. El anarquismo vital de Bakunin es metódico, sistemático y científico en Kropotkin. Malatesta revisa profundamente la óptica kropotkiniana. Y sienta su

tesis original del anarquismo voluntarista. Negación, dentro de límites razonables, del automatismo del progreso social como emanación del progreso científico.

Refiriéndose a V. Orobón Fernández, escribió Max Nettlau a Rodolfo Rocker; "El bravo español que me ha enviado es un individuo capaz y excelente. Posee sentido histórico y comprende la "continuity of history". Esto lo preserva de exageraciones que sólo conducen a sofismas. Pues, finalmente, la creencia en la omnipotencia de la revolución que pretende romper de golpe todas las conexiones con el pasado y crear de la nada algo nuevo, sólo es una creencia mesiánica. Los jacobinos de Napoleón creían realmente en tal posibilidad, pero los anarquistas debieran ser los últimos en compartir esa representación fantástica". (Rodolfo Rocker: "Revolución y regresión", Buenos Aires, pág. 177).

En estos hermanos mayores las matizaciones se pierden al infinito. Hay filósofos puros e individualistas extremos como Ibsen y Stirner. Hay místicos y agitadores pacifistas de gran envergadura como Tolstoi y Gandhi. Hay investigadores científicos como Kropotkin y Reclus. Y hay pensadores militantes como Rodolfo Rocker, el ejemplar más acabado de anarcosindicalista.

En España tenemos a Salvochea, mezcla de santo y de insurrecto, que nos recuerda al monje-guerrero medieval. Anselmo Lorenzo es un divulgador y organizador de muchos quilates. Ricardo Mella es nuestro mejor teórico. Un creador de trazos muy firmes. Raramente se dan en España dos militantes tan antidogmáticos como Lorenzo y Mella. Salvochea acuñó el estilo militancial andaluz. Contrapartida del que acuñara en Cataluña José Llunas.

La conclusión es que donde faltó elasticidad fue en el campo de la militancia pura. Por esta razón los simples adherentes han acusado el cansancio por una causa cuya cercanía había exagerado la propaganda optimista. El anarquismo de grupo degeneraría en monopolio de ideas envasadas. Este anarquismo en conserva, desvitaminizado, cambiaría el cerebro por el testículo. Y andando el tiempo llegaría a creerse el único anarquismo sobre la tierra. Todo lo demás sería herejía.

Una solución de recambio: el colectivismo agrario

So pretexto de que no se puede prever cómo van a presentarse las cosas cuando nos sea permitido volver a España a plantar las tiendas confederales hay quienes niegan a los demás el derecho a tomar precauciones para que no nos pille el pedrisco en campo raso.

¿No hablamos del pasado heroico a troche y moche, con insistencia de poseídos? ¿Sabido este pasado muerto y hasta maloliente? ¿Por qué nos sería prohibido explorar el porvenir, que es la continuación de la vida de espaldas a la tumba?

Ahora bien, no se trata de presentarnos este futuro de España como si no hubiera transcurrido un cuarto de siglo. Y no hubiera intervenido una transformación profunda de cosas y valores. No hay que pretender salvar los obstáculos cerrando los ojos ante ellos.

El obstáculo mayor es que no podremos enfocar la lucha con la alegría, la improvisación y el salga lo que saliere de antaño. La parva del pasado fue un derroche de energías sin tino. La exuberancia destructiva. Y la falla en los momentos cruciales en que la reflexión era muy solicitada. Falla mayúscula fue disfrazarse de ministros y poblar alcaldías con patanes en mecedora. Sí, hubo buenas cosas hechas y otras que quedaron esbozadas, de las que se dirá.

Con el mito de la revolución milagrera retirado de la circulación por la experiencia de los hechos la solución de recambio puede ser una nueva versión de las Colectividades. Hay que suponer que ocasiones como la del 19 de Julio de 1936 no se repetirán sino de siglo en siglo. Pero no me refiero a las Colectividades que nos cayeron entonces como maná del cielo. Mucha gente ignora que en 1936-39 muchas Colectividades se establecieron sin requisas ni expropiaciones. Algunos pequeños propietarios pusieron en común las tierras que les pertenecían legalmente, así como sus herramientas y animales de labor. No eran precisamente las mejores tierras. A veces las mejores tierras se ofrecían en trueque a los "individualistas" (pequeños propietarios reacios a la colectivización) rabiosos, cogidos en medio, en aras de la concentración parcelaria colectivizada.

Hasta este extremo fue original el movimiento colectivista del 19 de Julio. Se sabe que el minifundio es tan antieconómico como el latifundio. Los jacobinos oficiosos de la República no pudieron con este último y fomentaron el primero, imbuidos que estaban de ideas pequeñoburguesas. Los intereses sagrados y la "vista gorda" de estos primates republicanos crearon la ley que lleva consigo la trampa. La copiosa legislación sobre concentración parcelaria republicana resultó tan inédita como la reforma agraria antilatifundio.

Los colectivistas de antes y después del 19 de Julio -pues hubo pioneros de este movimiento en plena dictadura de Primo de Rivera- lucharon victoriosamente en ambos frentes. Felipe Aláiz dio la prueba en su "La expropiación invisible".

Para lo que estamos tratando lo que importa también es que a 30 años fecha de la contrarrevolución franquista no se ha podido enterrar el colectivismo agrario típicamente español que habían reverdecido en 1936 los más humildes representantes de la CNT. La contrarrevolución agraria fue una cruzada emprendida al mismo tiempo que Franco por los comunistas fieles a Stalin e impuesta algunas veces a punta de bayoneta. Concretamente en el Bajo Aragón, en el verano de 1937, por el comunista jefe de Ejército Líster, a las órdenes de los socialistas Indalecio Prieto y Juan Negrín. Los cruzados de Franco creyeron haber enterrado el movimiento para siempre en marzo de 1939.

Pues bien, la revolución colectivista continúa. Todo lo efímero que creó la Revolución de Julio se fue al diablo. A saber: las casacas ministeriales holgadas y la inflación de burócratas y nuevos ricos (la nueva clase incipiente de la revolución). La semilla colectivista sigue germinando.

Abraham Guillén, un marxista que se ríe del "todo o nada" de los anarquistas, nos da la razón a contrapelo: "Nuestro derecho consuetudinario está impregnado de colectivismo agrario. No choca, por tanto, que en plena revolución española, luego del 18 de julio de 1936, los campesinos españoles agruparan sus pequeñas propiedades en colectividades para incrementar la productividad de la tierra; este movimiento colectivista era espontáneo, no impuesto a los campesinos como hizo Stalin; era la voluntad del campo, que rechaza el latifundio y el minifundio por ser dos anacronismos: uno por exceso de tierra en manos de una sola familia o persona; otro, porque la familia o persona pobre ya sólo tienen tierra para cavar su tumba". ("25 años de economía franquista", Buenos Aires, 1963, pág. 64.)

De Franco dice que "se ha visto obligado a crear el servicio de concentración parcelaria". Y sigue: "En Vasconia aun con el régimen de Franco, ha surgido un poderoso movimiento campesino de colectivización o cooperación agraria que tiene por finalidad concentrar en una sola empresa rural todos los minifundios dispersos y establecer el trabajo común, mecanizado y racionalmente dividido, para elevar su productividad en beneficio de todos los colectivistas o comunistas". (Op. cit. pág. 65).

Después de afirmar que Franco no ha podido frenar este movimiento y se ha visto obligado a darle impulso mediante el crédito, termina: "Los movimientos campesinos cooperativos y comunales que se están produciendo en España son el porvenir del país. Están dando un magnífico ejemplo los municipios que han sometido a la asamblea pública la creación de una cooperativa rural que abarque a todo el lugar. Cada asociado o cooperador ha recibido acciones no especulativas por el valor de las tierras o bienes que integra en la cooperativa. Estas acciones reciben un módico interés y son amortizables en módicas cuotas. El que más acciones tiene no tiene más votos, como sucede en la dictadura económica del capitalismo y de las sociedades anónimas, sino que, con más o menos acciones de la cooperativa rural no se puede ser el director-gerente o el presidente más que a condición de ser votado, plenamente por la asamblea soberana" (Ibid. pág. 66).

En "Le combat Syndicaliste", de París, número 307, correspondiente a 23 de julio de 1964, fue inserto el siguiente suelto del servicio de Prensa "OPE":

"Dicastillo cultiva en agrupación su terreno comunal. Con más de mil parcelas ha construido ocho cotos. Redujo a la tercera parte el costo de la explotación. Va a recoger la primera cosecha. Dicastillo -1,200 habitantes-, situado bajo el monte Jurra, domina la "tierra de Estella". Enclavada entre esta ciudad y la Ribera, es la tierra de Abrego, el aguilucho del remonte. Mas este terreno comunal tiene su historia. Durante la dictadura de Primo de Rivera, lo mejor del mismo, El Soto, se lo comieron los concejales del Ayuntamiento, designados por el Gobernador civil para ocupar los escaños municipales, y que, en el pueblo fueron denominados "los ricos".

Al ser convocadas las elecciones del 12 de abril de 1931, las que trajeron la República, los vecinos del pueblo, que habían presenciado impotentes cómo "los ricos" se merendaban El Soto, se reunieron en el Círculo Carlista, formando una candidatura, que fue apodada de "los comuneros", partidarios del rescate de los terrenos comunales, indebidamente apropiados por los concejales de Primo de Rivera: "los ricos". En la candidatura de "los ricos" formaban los jauntxos carlista. La candidatura de los "comuneros" tenía sus oficinas en el Círculo Carlista, cuyo presidente era jefe de fila. Ganaron las elecciones "los comuneros". Fue elegido alcalde el presidente del Círculo Carlista. Y en el mismo acto, aquel círculo cambió su denominación por la de UGT (Unión General de Trabajadores). Los terrenos comunales eran rescatados, pero aquel alcalde fue la primera víctima -no la única- inmolada por "los cruzados" en julio de 1936, y el centro de la UGT volvió a ser Círculo Carlista.

Gracias al sacrificio de aquel alcalde, hoy puede Dicastillo ofrecer al mundo el ensayo de cultivo colectivo de sus terrenos comunales".

Volvamos al artículo de Lorenzo de Vedia. Después de sus atinadas observaciones a la tesis revolucionaria clásica del anarquismo, el autor busca la manera de llenar el vacío que quedó abierto:

"Las comunidades aisladas -sigue escribiendo en el mismo artículo de "La Protesta" de Buenos Aires- cobran importancia por su papel experimental.

Las primeras objeciones que se les hicieron a los postulados anarquistas fueron las de su impracticabilidad, en función de que era la vida societaria la que provocaba naturalmente las conductas egoístas inherentes al ser humano como gregario y que constituía la base de los males sociales que pretendemos desterrar. Poco después, ciertas comunidades de la India surgieron como permanente ejemplo de lo que puede dar la capacidad humana de convivencia cuando no se ve forzada por estructuras artificiales. Por motivos tradicionales desenvuelven sus actividades sin organismos represivos de ninguna índole. A pesar de no estar en la intención de sus integrantes la experimentación de un modo de vivir para un mundo mejor, tienen el enorme valor de ser el resultado natural a través de milenios, lo que significa que ese modo de vivir lo han practicado cientos de miles de seres humanos y que no es el resultado de unos pocos idealistas. Pero la experimentación concreta internacional se da recién en las comunidades aisladas experimentales de nuestro tiempo. Los Kibutzin de Israel y algunas comunidades cristianas, han logrado una convivencia sin autoridad compulsiva, a pesar de tener algunas 400 personas, basadas únicamente en organismos de carácter administrativo únicamente. Estas comunidades no son anarquistas ni están alistadas en el movimiento libertario de hoy, pero el solo hecho de originarse como protesta a las formas de relación

interhumana habitual y de estar en la nómina de experimentaciones antiautoritarias les otorga un valor inestimable desde nuestro punto de vista".

XII

Una solución para la ciudad: el cooperativismo

Si la experiencia de las colectividades en el campo -especialmente las que hemos señalado- pueden facilitar su relanzamiento, amparándonos en la misma mística colectivista general, y en la estratificación del colectivismo agrario en la historia española, por lo que respecta a la ciudad la solución de recambio constructiva puede ser el cooperativismo. Este también tiene una historia heroica en España y fuera.

La cooperativa ha tenido muy mala prensa en nuestros medios. Y, sin embargo, ¿qué fueron nuestras colectividades industriales del 19 de Julio sino cooperativas de producción y de consumo con todos sus vicios y virtudes?

La mala fama proviene de escrúpulos o prejuicios teóricos. La primera diatriba anticooperativista data del primer congreso de la Internacional española (1870). En la cláusula mortífera de un dictamen se dice:

"La cooperación de producción en sí o como término, está ya juzgada; es una institución puramente burguesa que sólo puede realizar la emancipación de una insignificante parte de nosotros, y cuyo desarrollo, si fuese posible dentro de la actual sociedad nos llevaría a la creación de un quinto Estado social mucho más infeliz, mucho más explotado de lo que es hoy la clase trabajadora".

La clave de arco de este párrafo está quizá en el mismo dictamen. Uno de los párrafos precedentes afirma con mucho aplomo que "el próximo advenimiento de la revolución redentora es infalible y su tiempo casi matemáticamente calculado". Se comprenderá que con certeza tan absoluta, la fórmula cooperativa se estimase un estorbo.

Creo también que esta moción condenatoria estuvo inspirada en otras semejantes. Concretamente en la votada en el congreso internacionalista de la Suiza francesa, que se celebró unos meses antes en La Chaux-de-Fonds. Es idéntica en una y otra la excepción a favor de las cooperativas de consumo.

En la Conferencia de Valencia de 1871 se adoptaron unas bases de un cierto cooperativismo ambulante. Las restricciones eran tantas que sólo eran autorizadas las cooperativas de consumo, pero sin depósitos de víveres, sin oficinas ni capital de maniobra. Este absurdo sistema, condenado "a la luna de Valencia", fue ratificado el año siguiente en el congreso de Zaragoza. Allí hubo también veto para las cooperativas de producción.

En el octavo congreso de la Internacional (Berna, 1876) los delegados españoles se ensañaron con las cooperativas de producción y fustigaron a los toneleros catalanes cuyo mal proceder explotaron a la saciedad. Seguía siendo menos severo con las colectividades de consumo.

Tanto Anselmo Lorenzo como su discípulo Palmiro Marbá flagelaron duramente la tesis cooperativista. El primero escribió en "Vía Libre": "Que la cooperación prometida como medio emancipador del proletariado es impotente para realizar este fin, por que lleva en sí el germen capitalista explotador y, si bien beneficia a muchos, esclaviza a otros trabajadores que quedan reducidos a condición ínfima e irremediable".

Y, sin embargo, si a exhibir pergaminos de solera vamos, el cooperativismo no puede ser postergado a la condición villana. Uno de los clásicos del anarquismo práctico es Robert Owen, fundador de la fábrica experimental de New-Lanark y de las colonias comunitarias de Virginia y Queenwood. Su Banco Equitativo para el Intercambio del Trabajo tiene mucha relación con el sistema mutualista proudhoniano (Banco del Pueblo para el Crédito Gratuito). Proudhon mismo es un clásico cooperativista de talla. Y lo es Elías Reclus, promotor del "Crédit au Travail".

La introducción en España del cooperativismo antecede de largo al nacer de las primeras organizaciones obreras de resistencia. Posiblemente fue introducido por los emigrados políticos que tantas innovaciones trajeron de fuera. Fernando Garrido, emigrado varios años en Inglaterra, fue un propagador del sistema según lo había observado en las islas. Un autor contemporáneo (M. García Venero) hace las siguientes reservas: "El caso de Robert Owen en Inglaterra no puede ser invocado como precedente, pues el fabricante británico se limitó a regir la industria de New-Lanark humanizando las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. En cambio, la cronología nos da la evidencia de que los sindicalistas barceloneses adoptaron con siete años de antelación la fórmula de las fábricas colectivizadas, que el gobierno de la II República francesa se vio obligado a adoptar... Aludo a los Ateliers Nationaux en cuya génesis se encuentran argumentos ya empleados por los barceloneses".

Sea como fuere, el caso es que en 1840 había una cooperativa de consumo en Barcelona compuesta de un centenar de familias. Asimismo las hubo después en algunos pueblos industriales de aquel litoral. En 1856 el movimiento cooperativista había ganado a Valencia, especialmente en la industria sedera. Juan Munts es el fundador de la primera sociedad obrera de resistencia de España (1840). Esta sociedad pudo esquivar los avatares represivos del general Espartero, metida en la concha de una cooperativa de tejedores para cuya puesta en marcha el Ayuntamiento de Barcelona (entonces eran bastante autónomos los Municipios) había prestado 8.000 duros.

El Ayuntamiento defendía a capa y espada la cooperativa (digo, los 8.000 duros) cada vez que los generales de la plaza se liaban a cañonazos con los obreros organizados. Estos, desalojados de sus sedes societarias se replegaban en la cooperativa. El taller colectivo de tejedores se componía de uno 200 obreros.

Hay que tener en cuenta que las sociedades de resistencia no fueron permitidas oficialmente hasta muchos años después. Por lo cual, la Mutual y la Cooperativa hacían de sucedáneos.

El primer congreso obrero tuvo lugar en Barcelona en 1865. Uno de los temas a tratar se refería al cooperativismo.

Aquel congreso se pronunció por el principio de cooperación y ni que decir que también por la ley de asociación, por la federación y por "la exclusión del Estado de los problemas económicos". Era la corriente liberal en boga. El derecho de asociación no se conseguiría plenamente hasta la revolución de septiembre de 1868 que derribó a Isabel II. Las sociedades obreras semiclandestinas vivieron hasta entonces atrincheradas en el reducto mutualista.

Dos periódicos obreros aparecían en la época en Barcelona: "El Obrero" (1864), dirigido por Antonio Gusart, y "La Asociación" (1866), que regentaba J. Roca y Galés. Ambos eran abiertamente cooperativistas. El primer periódico obrero había aparecido en Madrid en 1854, fundado por un catalán: Ramón Simó. Galés intervino en el primer congreso de la Federación Regional Española (1870). Y sus preocupaciones societarias de onda corta, cooperativistas y mutualistas, defendidas con una cierta suficiencia, chocaron al austero y rígido carácter de Anselmo Lorenzo. En uno de los números de "La Asociación" Galés trataba del "bazar-cooperativa" de los zapateros de Reus. Algunas de las cooperativas mantenían escuelas de primera enseñanza de tipo antidogmático.

Según un estudio de Miguel Pérez Turrado ("El cooperativismo y la política", editorial ZYX, Madrid, 1966) la Alianza Cooperativa Internacional, en 1959 contaba con la afiliación de 465.000 cooperativas con 140 millones de miembros en 46 países. No obstante se estima entre 600 a 800 millones el número de cooperadores desparramados por el mundo. Predominan las cooperativas de consumo y siguen las de servicios. Cierran la marcha las agrícolas y, finalmente, las industriales. El cooperativismo se debate actualmente frente a los peligros de los supermercados y las nacionalizaciones estatales. Esta invasión convierte en precario el estatuto fiscal que las favorece actualmente. Según algunos sociólogos si el cooperativismo quiere sobrevivir ante estas amenazas debe renunciar a su vieja concepción estereotipada, y crear nuevas formas de empresa, al mismo tiempo que debe recuperar el idealismo que ha perdido a causa de la erosión estrictamente comercial (G.D. H. Cole).

Es a considerar el inmenso trabajo que puede realizar el anarquismo en el ancho campo cooperativista, al par que en la organización sindical. La CNT pudo haber cumplido un papel importantísimo en España y especialmente en Cataluña donde el movimiento ha sido amplio e ininterrumpido. El movimiento cooperativista celebró cinco congresos antes de la guerra civil: en 1913, 1921, 1929, 1932 y 1935. Su concentración más importante fue en Cataluña, cuya federación funcionaba desde hacía mucho tiempo antes de quedar constituida oficialmente en 1918. El bache de la guerra civil queda cubierto con creces por el movimiento colectivista revolucionario llevado contra viento y marea por el anarquismo.

El franquismo triunfante alteró radicalmente la legislación, en 1942, 1947 y 1954, mediante reglamentos y decretos draconianos. El movimiento, sin embargo, persiste. En 1949 celebra su primera asamblea general bajo forma: de Unión Nacional de Cooperativas. Las asambleas se suceden en 1956 y 1961. Según Pérez Turrado el número de cooperativas existentes en España es como sigue: en el campo, 7.387; en la industria, 1.360, de las cuales 500 son de servicios. La legislación de 1942 es de lo más retrógrado: "El delegado nacional de Sindicatos, cuando lo aconsejen los supremos intereses de la comunidad nacional-sindicalista, puede

separar a los gerentes directores y cuantas personas, con cualquier denominación, asuman funciones efectivas, rectoras o de alta gestión en las cooperativas y uniones".

Como broche a este breve escaqueo pasamos a transcribir una interesante opinión de Diego Abad de Santillán ("Contribución a la historia del movimiento obrero español", tomo I, pp. 370-71):

"Asombra, al recorrer las viejas publicaciones, la fiebre revolucionaria de los militantes de la Internacional y de la Federación Regional: creían en la posibilidad de la revolución social como algo inmediato, al alcance de la mano, y de ahí su interés en prevenirse contra cualquier contingencia, elaborando planes minuciosos para la administración de la cosa pública al día siguiente del triunfo... No debe extrañar que los trabajadores conscientes, al medir sus fuerzas individuales y culturales con las de los miembros de los partidos, hayan creído que la revolución social podía realizarse en cualquier momento, sin pararse en evaluar sus fuerzas económicas y sociales y compararlas con las grandes masas que permanecían al margen, por ignorancia o por indiferencia, de las inquietudes espirituales que movían a la minoría asociada en secciones de oficio, grupos de propaganda y federaciones. Cincuenta mil afiliados eran muchos; no los tenía ningún partido político opositor entonces, pero, ¿qué representaban en una población de trece millones de habitantes?... Justamente porque consideraba que podían amortiguar el espíritu revolucionario, dirigía Anselmo Lorenzo su razonamiento macizo contra las cooperativas, susceptibles de hacer retroceder al obrero que se interesaba por ellas frente a luchas decisivas contra el capitalismo y el Estado... El mismo criterio se aplicó también cuando se trató de dotar al movimiento obrero de bases materiales de acción, locales en propiedad, etc. Lo cual, sin embargo, no impidió que la iniciativa local haya superado esas trabas. Y en lo que se refiere a la propaganda no se vaciló en montar imprentas propias, aun con el riesgo de verlas clausuradas o expropiadas o destruidas por el enemigo triunfante. Con la hostilidad a las cooperativas, en homenaje a la revolución social inminente, se perdió un campo de acción en donde el dinamismo de los anarquistas habría podido establecer principios y bases de una economía no capitalista y además habría logrado una experiencia valiosa y fecunda, muy especialmente en un país en el que no se juzga difícil alcanzar y superar el nivel de la iniciativa del capitalismo privado".

XIII

Por una economía confederal socializada

El vacío que ha dejado en nuestro movimiento el falso prisma revolucionario hay que llenarlo con un equivalente acorde con nuestra ética pero también acorde con las realidades del mundo contemporáneo en el aspecto constructivo. Si no somos capaces de llenar este vacío convenientemente, seremos retirados de la circulación como movimiento popular para ser un magnífico ejemplar en el museo de antigüedades. No nos dicta estas amargas palabras el desfallecimiento en nuestras viejas convicciones sino la bogante transformación de las cosas y los hechos metiéndose en por la retina.

La gran transformación del mundo moderno es la desproletarización. El ejemplo clásico de "proletario" se refiere ahora más bien a unos países con respecto a otros. No a la clase de un país con respecto a otra u otras clases compatriotas. El proletariado de Francia, Suiza y Alemania, pongamos por caso, no es propiamente la clase trabajadora francesa, suiza o germana; sino los emigrados españoles, portugueses y argelinos. El proletariado a la vieja usanza pervive en los países subdesarrollados y en algunos muy desarrollados como la Unión Soviética.

En los países de economía desarrollada, la clase media y la clase trabajadora tienden a confundirse. No porque la pequeña burguesía se proletarice, como tiene vaticinado Marx. Sino porque la clase trabajadora tiende a aburguesarse. Los hijos de los obreros tienen hoy opción al estudio de las ciencias y de las técnicas. Y aspiran a ser empleados, oficinistas, ingenieros, maestros (trabajadores de cuello blanco). O, en último extremo, obreros altamente calificados. En otros términos, ni altos ni bajos, sino humildes servidores de la automatización.

Hay una tendencia muy acusada en esta nueva clase a la nivelación de los recursos. Hay una mayor movilidad en la escala social debido al libre acceso a los estudios superiores. Esto puede verse en los hijos de los refugiados españoles educados en Francia y aun en América. Los cuales ya no pertenecen a la clase de sus padres. Hay la elevación del nivel de vida. Hay las variantes de la Seguridad y Asistencia Social. Hay la producción masiva de bienes de consumo, cuyos excedentes ya no se destruyen sino que la venta a crédito en condiciones asequibles, hace que lleguen a los hogares más humildes. Hay el desarrollo del mercado interior cuyo resultado es el confort no para unos cuantos privilegiados sino que directa o indirectamente tiene acceso a los presupuestos más variados. Hay, en fin, el derecho a la pereza un mes al año que permite a centenares de miles de obreros no calificados de Francia hacer figura de nuevos ricos por las playas de España, de Grecia y de Yugoslavia.

Esta complejidad de nuevos factores conspira terriblemente contra el viejo dogma de la revolución social "revancharde", a la vuelta de la esquina. Y hasta, en cierto punto, contra la

lucha de clases. El que no quiera abrir los ojos peor para él. Pero no tiene derecho a interponerse en la trayectoria visual de los demás.

Claro que no todos los países son Francia, Bélgica, Escandinavia y los Estados Unidos. No importa. El mundo occidental evoluciona en este sentido y si no ocurre una catástrofe irremediable, esta es la pauta del futuro social económico. El deber del militante evolucionado consiste en atisbar los acontecimientos. Percatarse de las palpitaciones del mundo en que vive. Mirar lejos y proceder en consecuencia. Las naciones "proletarias" de hoy no tendrán más remedio que bailar al son de la música que toca el desarrollo económico moderno. En el plano diplomático y político son significativos la ONU con sus redes de organismos internacionales dependientes, la coexistencia pacífica aún precaria, y la Comunidad Europea aunque dependiente de los trusts. Hasta los países del Este (pienso en Rumania) empiezan a desbordar la "cortina de hierro" para ir al encuentro de la ley de los vasos comunicantes, con más éxito, esperamos, que la Hungría insurgente de 1956. Y hay las aperturas en sentido contrario, cual la Francia del general De Gaulle. Cualesquiera que sean las razones de Estado, de hecho este diálogo al más alto nivel está consolidando un verdadero deshielo de la guerra fría.

España ha recibido en plena faz el impacto de la Comunidad Económica Europea. Un régimen chapado a la antigua y de mohosa tradición empieza a comprender que, según van las cosas, no hay más remedio que empezar a aclimatarse. Razón por la que a repelo haya iniciado los primeros pasos de una retirada estratégica escalonada. ¿Vamos a ser los únicos en seguir volando puentes y quemando barcos?

Es incuestionable que no se trata de convertir a la futura CNT en una Federación Nacional de Cooperativas Agrícolas e Industriales. Aunque quisiéramos nos faltarían los medios para tamaña empresa. Se trataría de incorporar a la CNT, como una Federación Nacional más, nuestro propio movimiento cooperativista o colectivista. Incorporarlo al engranaje económico de la CNT, empezando por dar a esta CNT un contenido económico que, salvo en la época de nuestra guerra, nunca ha tenido.

Las cooperativas de producción, objeto de nuestros desdenes de antaño, no eran dechado de virtudes, ni funestas. Eran el espejo devolviéndonos nuestra propia imagen. Fea ésta, nos liábamos a puñetazos con el espejo. Así nació la leyenda negra de las cooperativas. Hemos visto que desde los primeros momentos la organización obrera las miró de soslayo, con infatuación revolucionaria. Desechadas, libradas a sí mismas, desamparadas de la savia idealista que era de rigor insuflarles, el extravío fue fatal.

El que los anarquistas nos mantuviéramos al margen de esa aventura pequeño-burguesa no es ninguna gloria. Menos lo fue capitalizar sus traspies mediante nuestra propaganda derrotista. Sin embargo las colectividades del 19 de Julio de 1936, qué otra cosa eran, sino el reflejo de la leyenda negra cooperativista. Las había de humildes pañales y linajudas. Ricas y pobres. Solidarias y llenas de soberbia y lacras. Recordemos los rugidos de indignación del Sindicato de la Madera de Barcelona contra el reino de taifas colectivizado: "...En vez de llegarse a la verdadera incautación, en vez de dar amplia satisfacción al pueblo, se obliga a los patronos a pagar el semanal y se aumentan los jornales y se reduce el horario. ¡Y eso, en plena guerra! Hecha la incautación por la Generalidad de todos los valores, se admite la pignoración sobre

unos inventarios imaginarios y se dan cantidades tan fabulosas que hoy se han de arrepentir cuando, hecho el balance, se pueda demostrar la cantidad de millones que se han gastado sin producir y que tan quebrantada han dejado a la economía. Se ha creado una cantidad enorme de burócratas parasitarios... Hay demasiados comités de control que no producen, y a esto no hay derecho... Podríamos seguir la corriente de despilfarros y tolerar que continuaran secándose las ubres de la vaca, que no otra cosa es el sacar dinero de la Generalidad sobre los talleres insolventes y pignorar facturas hipotéticas, que no se cobrarán por manifiesta insolvencia, y que los Comités de control consienten que se hagan estas operaciones, perjudicando enormemente la economía... Lo fácil, lo lógico para algunos, hubiese sido hacer esas colectivizaciones que no son otra cosa que grandes cooperativas, en las cuales sólo las industrias con vida propia tendrán asegurada su existencia. Pero, en cambio, dejan abandonadas a las pobres a sus medios propios que no es otra cosa que crear dos clases: los nuevos ricos y los eternos pobres. ¡Desigualdad que no se puede consentir! (Del "Boletín de Información CNT-FAI", Barcelona, 25 de diciembre de 1936.)

Y estas Colectividades que Anselmo Lorenzo hubiera llamado "vivero de nuevos ricos" gozaban de los favores orgánicos y eran servidas por nuestra propaganda. Claro, que, ni mucho menos, la colectivización no fue esto. El movimiento cooperativista maldito fue también otra cosa. Costó lo suyo meter en vereda a ciertas Colectividades. En el campo llevaron a cabo esta tarea las Federaciones Regionales de Campesinos, que se transformaron por así decir en Federaciones Comarcales y Regionales de Colectividades, con un criterio solidario a toda prueba; y con un sentido económico y estadístico no menos rígido.

En las ciudades la colectivización socializada (es decir, solidaria) fue más trabajosa debido a una condición humana menos flexible. Al contrapeso oficial muy fuerte. Y también a que el flujo económico nos había pillado desplazados de la realidad. Entonces nos dimos cuenta del enorme perjuicio que la demagogia había inferido al privarnos de nuestras Federaciones Nacionales de Industria. Estas federaciones industriales hubieran podido, con tiempo debido, entrenar y ambientar a los trabajadores y a los militantes en la árida disciplina económica. La falla se puso de relieve el 19 de Julio al abordar la fase de socialización con objeto de corregir la simple incautación colectiva, que manifestó con frecuencia, según se ha visto, su mordiente regresiva.

Durante todos los años que precedieron al 19 de Julio habíamos tenido a la CNT sujeta a la obsesión revolucionaria. Las preocupaciones económicas no trascendían de las secciones técnicas de los sindicatos. No llegaban a prolongarse hacia los órganos federativos. Estas mismas secciones técnicas vinculadas a los talleres no tenían relación con las afines de otras localidades o regiones. La CNT, en tanto que complejo relacionador se limitaba a la agitación y al proselitismo de aluvión. A la crítica demoledora. A la conspiración y a la insurrección. De sindicato para arriba ya no se hablaba de ladrillos, metros cúbicos de madera, redes de comunicaciones, gráficos de producción, estadísticas, administración industrial, etc. La CNT, pese a ella misma, era una organización eminentemente política.

Las Federaciones Nacionales de Industria querían hacer de ella esa organización completa en los aspectos industrial, administrativo y revolucionario. La verdadera organización. Que aspiraba a suplantar ventajosamente al capitalismo por una economía socializada. Su

implantación fue acordada en el congreso de 1931. Pero su puesta en práctica fue sabotada por los demagogos de la revolución. Fueron juzgadas como un lastre para la agilidad revolucionaria. Los militares fascistas nos trajeron la revolución al cabo de cinco años, pillándonos de imprevisto en el aspecto relacionador económico y de entrenamiento para esta grave cosa. La colectivización industrial y los servicios fueron muchos meses de cabeza. La fase socializadora marcó considerable retraso sobre la puramente colectivizadora. Y este retraso, esta falta de sincronización trajo el descrédito que necesitaban los elementos reaccionarios (comunistas y republicanos) para zaherirnos ante propios y extraños.

Hasta últimos de febrero de 1937 no se empezaron a organizar en Cataluña las Federaciones Nacionales de Industria. Siete meses después de la crisis revolucionaria ya en plena contrarrevolución. Hasta el 15 de enero del siguiente año no tuvo lugar el Pleno Nacional confederal de tipo netamente económico. Se perseguía con este Pleno articular una economía confederal socializada. Este año y medio de retraso fue de fatales consecuencias para una de las más bellas experiencias de la historia revolucionaria.

XIV

Retrospectiva y colofón

La revolución española del 19 de Julio es un ejemplo contundente del fracaso de la tesis revolucionaria finalista. Hasta las vísperas de la sublevación militar la CNT y la FAI mantuvieron su extremismo revolucionario sintetizado en una frase famosa: "ir a por todo". Se proponían desencadenar la revolución e implantar el comunismo libertario por sus solos y únicos medios. Al objeto rechazaban toda colaboración con otras fuerzas. La tibieza observada por el pueblo en aquellos ensayos preliminares de 1932-33 no les decía nada. Dos meses y medio antes del golpe militar, en su congreso de Zaragoza la CNT había puesto a punto su programa comunista libertario. En el preámbulo se enumeraban todos los factores en virtud de los cuales "la revolución se inicia". La convergencia de todos estos factores "en un punto y momento dado" señalaba "la aparición del hecho violento". Como conclusión del razonamiento considerábase que se vivía "el momento preciso en que la convergencia de todos estos factores engendra esta posibilidad prometedor". Razón por la cual el congreso dejaba sentados los primeros pilares del edificio del mañana.

La revolución, en alas de la sublevación fascista, fue exacta a la cita. Barcelona, el 19 de Julio, era el punto de España de mayor densidad anarquista. Los militantes hicieron honor a su tradición combativa. Libraronse a un duelo a muerte con los militares, ayudados por algunas

fuerzas de policía y guardias civiles. La lucha quedó decidida el 20 de Julio. Pasadas las primeras 24 horas críticas, el pueblo, lanzándose a la calle en masa, escogió a su héroe: la CNT-FAI. Barcelona y Cataluña entera, parte de Levante y de Aragón quedaban a merced de los anarquistas.

Primera decepción: el enemigo no había sido vencido en toda España. Además, en el resto del área nacional rescatada, los anarquistas nos veríamos obligados a compartir el triunfo con los socialistas, comunistas y republicanos.

Así las cosas, no había más que dos opciones: implantar el régimen libertario con todas las consecuencias en Cataluña, Aragón y parte de Valencia o renunciar a la revolución en aras de una coexistencia política digna. La CNT y la FAI fueron más allá al decidir colaborar en las instituciones del Estado con todas las consecuencias. A esto se llamó por algunos "sacrificarse por no querer imponer la propia dictadura".

Luego, la dictadura, es inseparable de la revolución. No hubo tal sacrificio. Hubo, que la CNT y la FAI se daban cuenta de que con todo y su potencialidad orgánica y popular quedaban reducidas a una minoría. No era un caso excepcional. Era el mismo caso de la revolución rusa para cualquiera de sus formaciones. Con mayor motivo para los bolcheviques. Como en la Rusia revolucionaria de 1917 había una guerra de por medio. Y un cerco de potencias extranjeras hostiles. En aquellos momentos, ni siquiera había posibilidad de dictadura. Esta vino después, en Rusia y en España. El mismo dictador bolchevique en los dos países. El desastroso curso de nuestras operaciones militares, al hacer necesario constantemente el esfuerzo de todos, amainó la que no pudo ejercer completamente la Gepeú a través del señor Negrín.

La rapidez como ocurrieron las cosas informa de cómo la realidad enfría a veces los ardores revolucionarios basados en teorías o ensayos insuficientemente probadores. El 19 de Julio los grupos de la CNT y la FAI se habían lanzado a la calle más que nada para hacer pagar caras sus vidas. El 20 terminaba la lucha con la derrota de los militares. El mismo 20, cuando toda la ciudad celebraba el triunfo de la CNT-FAI, sus representantes, sucios todavía con el humo de la pólvora, abdicaban su revolución ante el presidente de la Generalidad Lluís Companys. Un pleno de locales y comarcales de la CNT convocado a toda urgencia, refrendaba al día siguiente la abdicación. El mismo 21 de julio creábase en Cataluña un organismo general de colaboración: el Comité Central de Milicias Antifascistas. Este organismo, dos meses después abdicaría en el Gobierno de la Generalidad. En noviembre los anarquistas ingresaban como ministros en el gobierno de Madrid como habían ya hecho sus compañeros en el gobierno de Cataluña. El movimiento libertario español rompía con la tradición de más de medio siglo que había venido siendo su razón de existencia. ¿Valían la pena tantas luchas internas, tantos sacrificios, persecuciones y sangre y tanto cacareo revolucionario para llegar a este resultado en 24 horas? El anarquismo español había, una vez más, mantenido su promesa como fuerza de choque. No la mantuvo como fuerza constructiva, una vez más también, a la hora de cosechar el fruto de inmensos sacrificios. El salto atrás había sido de gigante. La teoría revolucionaria sufría otro rudo golpe.

La CNT se había dado cuenta pronto de la imposibilidad de poder llevar a cabo sus aspiraciones revolucionarias integrales e hizo dos cosas completamente distintas. La primera,

negativa, fue ceder fácilmente a la sugestión, gubernamental que debió prever la llevaría demasiado lejos. Desde los ministerios y las consejerías, lejos de poder defender la revolución que en el dominio económico habían iniciado espontáneamente sus más oscuros afiliados, se vería obligada a poner el visto bueno a los hechos contrarrevolucionarios consumados. La segunda reacción fue positiva, pero tardía. Tardía y todo, fue una pena que la primera tuviese que estropear a la segunda frenándola, neutralizándola, asfixiándola.

No se trata de las Colectivizaciones en sí. Sino de su articulación en un conjunto congruente. Solidario y positivo en tanto que rendimiento económico. La creación de las Federaciones de Colectividades agrícolas por la organización sindical de idéntico nivel permitió una mayor coordinación de su desenvolvimiento económico. Hizo posible el apoyo mutuo, el asesoramiento técnico, la mecanización y modernización de las instalaciones.

Se frenaron las tendencias centrifugas. Se desterró al intermediario especulador. Se atenuó el egoísmo rural milenario. Se dio impulso a la socialización. Es decir: a la concepción del colectivismo como un todo en el campo y entre éste y la industria colectivizada de la ciudad.

Ya hemos señalado que las Federaciones de Industria se constituyeron a partir de febrero de 1937. En los plenos que las daban marcha se ponía por delante la vocación socializadora como clave de arco de la colectivización. Casi al mismo tiempo apuntaron los organismos complementarios: los consejos de economía sindicales, las asesorías técnico-administrativas y de estadística.

En la segunda quincena de marzo de 19 fue el pleno de campesinos de la región de Levante. Allí se propuso el Banco Campesino. Las colectividades levantinas temían necesidad de numerario para corresponder económicamente con los pueblos. La exportación estaba severamente intervenida por el gobierno. Las colectividades eran su bestia negra. Podían prescindir de los servicios de la banca oficial -cara, lenta y mala- creando su propio organismo bancario. Y lo hicieron. En un congreso de Cataluña los colectivistas campesinos decidieron: apoyo mutuo respetando en lo posible las características propias. Inspirarse en una amplia visión económica social, comercial y de intercambio. Créditos y auxilios mutuos sin interés y a las colectividades necesitadas.

En marzo de 1937 la CNT empezó a organizar sistemáticamente a sus técnicos en una Federación Nacional. Una oficina de acoplamiento cuidaría de situarlos en las industrias, en la ciudad, el campo y la minería, atendiendo las demandas "de la organización confederal".

Un Pleno Nacional de Campesinos trató de articular la economía de las colectividades confederales (o mixtas con la UGT). Se pensó inclusive en los pequeños propietarios que no explotasen asalariados. Se tendrían en cuenta sus necesidades si solicitaban la colaboración. La Federación Nacional de Colectividades podía administrar los excedentes de las cosechas -separada la parte de propio consumo- pagando de inmediato según el valor en vigor en la localidad de origen o según valoración competente. Por el mismo conducto los colectivistas percibirían abastecimientos generales, fertilizantes, maquinaria (a precio de costo), etc. Se crearía un sistema de Seguridad Social para cubrir los siniestros, plagas, enfermedades, re-tiro, orfandad.

El pleno Nacional Económico tuvo lugar en Valencia a partir del 15 de febrero de 1938. Allí se trató de planificar nacionalmente toda la economía confederal. La base fue su socialización dentro del límite de las posibilidades y encuadrada en las Federaciones Nacionales de Industria.

Todos estos proyectos, acuerdos y realizaciones, fuera del contexto circunstancial, podrían parecer retrógrados del punto de vista del socialismo integral. Y, efectivamente, eran moderados. Pero no se trataba de hacer socialismo integral en 1937-38. Tampoco mañana cuando pueda reorganizarse la CNT en España. Se iba a caballo de la contrarrevolución galopante. Y había que resignarse a tratar de subsistir conservando lo más posible el rico caudal de nuestras conquistas.

Pues bien, muchas de estas realizaciones e iniciativas del tiempo de nuestra guerra son más o menos aplicables en una futura etapa del proletariado confederal en marcha. Es hacedero que los pequeños propietarios que trabajan sus parcelas en régimen familiar las junten con herramientas y todo para trabajarlas en régimen colectivista solidario. Es posible su federación a todo nivel con las ventajas que aquí quedan apuntadas y las que quedan sobrentendidas. Es posible el rescate de bienes rústicos comunales y su colectivización como en Dicastillo. Ya hemos visto que esto ocurre -bajo el régimen de Franco- en Navarra y en Vasconia. Con mayor motivo sería dable mañana en Levante, Aragón, Castilla y Andalucía. En todas partes donde el colectivismo agrario tiene una tradición, remota o reciente. Por las mismas, la CNT -una CNT realista y realizadora- es la mejor calificada para provocar y encauzar este renacimiento.

En las ciudades, donde una colectivización de nueva planta se asevera difícil sin incautaciones, está la obra creada o por crear en el campo cooperativista. Creemos que sería permeable a la acción responsable de una organización histórica y popular como la CNT. Este movimiento puede ser la levadura para una expansión de amplios alcances.

Pensamos en una CNT con varios frentes. De cara a la rapacidad patronal y del Estado. En el plano de producción asalariada. De cara al pueblo y a sus necesidades. Es decir: al pueblo consumidor; luchando por el abaratamiento de los bienes de consumo. Ante la propiedad inmobiliaria, por la rebaja de los alquileres. Presente en las campañas moralizadoras de tipo público: contra el fraude y las deficiencias sanitarias. El abanico de temas es amplio. Y de cara a una economía solidaria propia, del campo y la ciudad, de los sindicatos, las cooperativas y las colectividades rurales. En el campo mutualista y de la previsión. La Seguridad Social no es en Francia óbice para que perseveren y florezcan las Mutuales de tipo vecinal, local o regional. No iba a ser excepción en España.

Una CNT en estas condiciones puede llenar con creces el vado que ha cavado en ella la marcha del tiempo. El colectivismo ya ha entrado en la historia, en la costumbre. ¿Íbamos a expulsarlo de la CNT que le ha dado fama universal? Los partidarios de la improvisación y los aficionados a correr la pólvora argüirán que estas sugerencias implican la creación de intereses. Lo que llevaría a ser esclavos de ellos. La hipótesis -añadirán- de una vida confederal remansada es incompatible con nuestra psicología étnica y la intemperancia gubernamental que la ameniza. Se trata precisamente de acabar con una tradición demasiado agitada. Acabar con el echar a cada momento la casa por la ventana. A veces a humo de pajas.

De evitar atraer el rayo, gratuitamente, sobre nuestras cabezas. De renunciar al papel de Sísifos, en el continuo empezar de nuevo, en el partir de cero. Las condiciones previas para una laboriosidad creadora consisten en un mínimo de estabilidad y continuidad. Quienes defienden el entrenamiento revolucionario permanente como saludable han confundido el ejercicio exhaustivo, desordenado o epiléptico con la gimnasia.

Todo hace creer que el futuro español no ofrecerá ya tantas oportunidades como antaño a la acción desenfrenada. La precisión de los mecanismos económicos hace a los poderes más moderados irribles ante las exuberancias. Se trata de rectificación de viejos errores y de adaptación, en el buen sentido, a las nuevas realidades. Adaptarse no implica doblar la rodilla y arrojar la esponja. Sino optar por un nuevo ritmo. Mostrar que se tiene correa y vivacidad reservada.

Desde que existe la CNT se mueven en ella corriente muy preocupadas por los reveses y las victorias pírricas. Gran error fue asimilarlas sin discriminación a otras corrientes acomodaticias o regresivas. Por una ley natural la resistencia aumenta en razón de la compresión. Y viceversa. Es el drama de los Treinta y la FAI. Un conocimiento más fino de las reacciones humanas hubiese hecho mejor trabajo que las purgas y las expediciones punitivas. Los botes de lanza contra estas tendencias atemperadas hacen el juego de las francamente regresivas. La historia de la caída vertical de los imperios es la historia de la incapacidad de componenda a tiempo con la realidad.

Nuestra puesta en órbita es urgente si se tiene en cuenta que en un regreso eventual a España todo militarla allí contra las disquisiciones filosóficas y en pro de soluciones prácticas convincentes. Habría allí una cuestión de dislocación económica, de inflación y de crisis.

Y habría la necesidad de desbordar la instalación de un régimen puente dejado como bomba de tiempo por el falangismo. Se nos plantearla un problema de movilidad ante las aperturas a derecha y a izquierda. Y unas generaciones en liza, de formación política y sindical deficiente, en pasto al mejor postor. Y el más grave de todos los problemas: el de nuestra decrepitud en tanto que monitores.